



*Charlas
con Dios*

**¡Cuando ya no encuentras
salida!**

José Arturo Sarabia Campos

CHARLAS CON DIOS

***¡CUANDO YA NO ENCUENTRAS
SALIDA!***

José Arturo Sarabia Campos

Charlas con Dios

¡Cuando ya no encuentras salida!

Primera edición 2026

© Escritor y Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798250676335

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	6
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO 1 LA PRIMERA VEZ QUE HABLAMOS	12
CAPÍTULO 2 NO SOPORTO VERLA SUFRIR	16
CAPÍTULO 3 YA NO AGUANTA MÁS	19
CAPÍTULO 4 YA CASI NO COME	24
CAPÍTULO 5 CUANDO NO ESTABA ENFERMA	28
CAPÍTULO 6 ME DESPIDIERON	32
CAPÍTULO 7 AHORA VENDO TACOS	35
CAPÍTULO 8 MI MUJER SE FUE DE LA CASA	39
CAPÍTULO 9 PEDÍA QUE LA DEJARAN MORIR	42
CAPÍTULO 10 HOY YA NO ME RECONOCIÓ	46
CAPÍTULO 11 DICE QUE VE DEMONIOS	50
CAPÍTULO 12 DICEN QUE DEBE MIL MUERTES	54
CAPÍTULO 13 EL CÁNCER LA ESTÁ ACABANDO	59
CAPÍTULO 14 TUVE QUE SACAR A MI MAMÁ	63
CAPÍTULO 15 ACABA DE MORIR	68

CAPÍTULO 16 NO TENGO NI PARA EL ATAÚD	72
CAPÍTULO 17 QUISE QUITARME LA VIDA	76
CAPÍTULO 18 HOY SALÍ A BUSCAR TRABAJO	80
CAPÍTULO 19 HOY EMPEZÓ A CAMBIAR MI VIDA	83
CAPÍTULO 20 GRACIAS MAMÁ	86
EPÍLOGO	89
AGRADECIMIENTO	92

DEDICATORIA

A ti, que en este momento sientes que el mundo se te ha cerrado como una puerta de fierro oxidado.

A ti, que te despiertas con el peso de la misma pregunta: ¿para qué levantarme hoy?

A ti, que has rezado, gritado, llorado y suplicado en la oscuridad de tu cuarto a las tres de la mañana, y solo has recibido silencio.

A ti, que has perdido un trabajo, una madre, un hijo, una pareja, la salud, las ganas, o todo junto.

A ti, que miras el techo y piensas que la salida fácil sería la única salida justa.

Esta historia no es un cuento de hadas ni un manual de superación rápida. Es un testimonio crudo de lo que pasa cuando el dolor es tan grande que parece que Dios se ha ido de vacaciones y se ha llevado las llaves del cielo. Es la crónica de un hombre —Arturo— que tocó fondo tantas veces que ya no sabía cómo contarlas. Que vendió tacos bajo el sol quemante mientras su hija le preguntaba por qué la abuelita no despertaba. Que veló noches enteras en un hospital oliendo a desinfectante y a derrota. Que sostuvo la mano de su mamá mientras ella se deshacía en caquexia y olvido. Que miró un frasco de pastillas y se preguntó si valía la pena seguir respirando.

Y aun así... se quedó.

No porque fuera fuerte. No porque tuviera fe inquebrantable. Se quedó porque, en medio del silencio más ensordecedor, algo —alguien— le susurró que el amor por su hija era más grande que el dolor que lo aplastaba. Porque una voz interna, sin truenos ni rayos, le recordó que después de la tormenta viene la calma. No

siempre de golpe. No siempre con milagros de portada. A veces con chispas chiquitas: una sonrisa de Sofía, un vecino que junta monedas para un ataúd, un trabajo que aparece cuando ya no crees en trabajos, una mujer que entra en tu vida y te enseña que el corazón puede volver a latir sin romperse.

Esta dedicatoria es para ti, que hoy no quieres levantarte. Que sientes que Dios no escucha, que las puertas se cierran una tras otra, que la depresión te ha robado el color del mundo. No te voy a decir «ánimo, todo pasa». Porque a veces no pasa. A veces duele para siempre. Lo que sí te digo es: no estás solo en el silencio. Aunque no lo sientas, aunque no lo veas, hay una presencia que recibe cada lágrima, cada insulto, cada «¿por qué me abandonaste?». Y esa presencia no te pide que seas fuerte. Solo te pide que respires un minuto más. Que abracés a quien te necesita, aunque te tiemblen los brazos. Que salgas a la calle, aunque sea con la cara de funeral, porque la calma no llega si te quedas en la cama esperando que toque la puerta.

Arturo no ganó porque fuera especial. Ganó porque eligió quedarse. Porque habló con rabia, con duda, con llanto. Porque no se rindió del todo. Y la vida —lenta, terca, a veces cruel— le devolvió un poco de luz: un trabajo, un amor nuevo, una familia reconstruida, una tortillería que lleva el nombre de su mamá.

Si hoy sientes que no hay salida, déjame decirte esto: la salida no siempre es grande. A veces es una puerta chiquita que se abre después de meses de oscuridad. A veces es solo el hecho de que mañana vas a despertar, aunque sea para llorar de nuevo. Pero mientras respires, mientras hables —aunque sea a gritos—, mientras elijas quedarte por alguien (por ti, por un hijo, por un recuerdo), estás ganando una batalla que no ves.

Tu dolor es real. Tu cansancio es válido. Tu duda es honesta.

Y aun así... puedes quedarte.

Un respiro a la vez.

Un día a la vez.

Porque después de la tormenta —aunque tarde, aunque duela— viene la calma.

Y en esa calma, tal vez, solo tal vez, encuentres espacio para volver a sonreír.

Con todo mi cariño y mi respeto, para ti, que sigues aquí.

José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

Esta no es una historia de fe inquebrantable ni de milagros que llegan con fanfarria celestial. No es el testimonio de un santo que nunca dudó, ni de un hombre que encontró a Dios en una luz al final del túnel y todo se resolvió con un abrazo divino. Esta es la historia de alguien que gritó, insultó, lloró y maldijo en la oscuridad más espesa, y que, aun así, decidió quedarse un minuto más, un día más, un respiro más.

Se llama Arturo. Un hombre común de la Ciudad de México, que en el año 2010 tenía treinta y tantos años, una hija de seis, una madre con cáncer de colon avanzado y un corazón que ya no sabía cómo latir sin romperse. Trabajaba lo que podía: tacos de canasta en la calle cuando el sol quemaba, guardia nocturno en un estacionamiento cuando el sueño lo vencía, cualquier cosa que le permitiera pagar la renta, los medicamentos y la comida que apenas alcanzaba. No era héroe. Era padre. Era hijo. Era humano. Y eso, en esos meses infernales, fue lo más pesado que pudo cargar.

Todo empezó con las citas médicas. Meses enteros acompañando a su madre a hospitales públicos donde las filas eran eternas y las noticias siempre malas. Luego llegó la quimioterapia: náuseas que duraban días, pelo que caía en mechones en la almohada, un cuerpo que se iba volviendo ajeno. Arturo la veía adelgazar, veía cómo los ojos que siempre lo habían mirado con orgullo se perdían en un vacío que no entendía. Y en las madrugadas, cuando el hospital dormía y solo quedaba el pitido del monitor, él se sentaba al lado de la cama y le hablaba a Dios. No con rezos bonitos. Con rabia pura.

«¿Por qué carajos permites que un bebé tenga cáncer y un asesino duerma de forma plácida? ¿Por qué te escondes tanto?»

¿Por qué todo tiene que ser tan dudoso? ¿Valió la pena crearnos?».

Y Dios —o lo que fuera esa presencia que respondía en su cabeza— contestaba. No con truenos ni con versículos recitados. Contestaba con calma pesada, con frases que dolían porque eran verdad: «No controlo los guiones que escriben las libertades humanas. Prefiero que me amen libres, aunque eso signifique que muchos me odien. Cada vez que uno de ustedes elige perdonar, cada vez que una madre canta a su hijo moribundo... por esas chispas, sí vale la pena».

Arturo no se conformaba. Seguía cuestionándolo. Seguía gritándole. Porque el dolor no se calla con poesía. Porque cuando tu madre se desangra en caquexia tumoral, cuando tu hija te pregunta por qué la abuelita no come, cuando pierdes el trabajo por faltar a cuidar a la enferma, cuando tu esposa se va porque el dinero se fue por la ventana... las respuestas bonitas suenan a burla.

Y, sin embargo, en medio de esa tormenta, algo pasaba. No era un milagro grande. Era una mano invisible que lo sostenía cuando quería rendirse. Era un vecino que juntaba monedas para un ataúd. Era una sonrisa débil de su madre antes de irse. Era Sofía, su hija, que seguía creyendo que su papá podía arreglarlo todo. Era, al final, una mujer llamada Elena que entró en la tortillería un día cualquiera y decidió quedarse.

Esta historia no pretende convencerte de nada. No te va a decir que «todo tiene un propósito divino» ni que «Dios escribe derecho con renglones torcidos». Porque cuando estás en el fondo, esas frases hieren más de lo que ayudan. Lo que sí pretende es acompañarte. Decirte que no estás loco por dudar. Que no eres débil por querer rendirte. Que está bien gritarle a Dios, insultarlo, ignorarlo, odiarlo. Porque Él —o esa presencia que responde en el silencio— no se ofende. Recibe todo: la rabia, las lágrimas, los «porqués» que no tienen respuesta.

Arturo no fue fuerte porque tuviera fe inquebrantable. Fue fuerte porque eligió quedarse. Porque un día, en la cocina oscura con un frasco de pastillas en la mano, decidió que el amor por su hija era más grande que el dolor que lo ahogaba. Porque habló. Porque respiró. Porque al día siguiente se levantó, aunque fuera con la cara de funeral, y fue a buscar trabajo con la mejor actitud que pudo juntar.

Y la vida —lenta, terca, a veces cruel— empezó a devolverle pedazos de luz: un empleo fijo, una compañera que se convirtió en esposa, una familia reconstruida.

Diez años después, en 2020, Arturo mira hacia atrás y no ve un camino de rosas. Ve cicatrices. Ve noches sin dormir. Ve pérdidas que nunca se curan del todo. Pero también ve una hija que estudia la preparatoria y que quiere ser psicóloga para ayudar a otros niños que sufren. Ve una esposa que lo abraza sin pedir explicaciones.

Esta historia es para ti, que hoy sientes que no hay salida. Que Dios no escucha. Que las puertas se cierran una tras otra. Que la cama pesa más que el mundo entero. No te pido que creas. No te pido que esperes un milagro. Solo te pido que respires un minuto más. Que hables, aunque sea gritando. Que te quedes, aunque sea por alguien más: por un hijo, por un recuerdo, por la posibilidad chiquita de que mañana duela un poco menos.

Porque después de la tormenta —aunque tarde, aunque duela como el infierno— viene la calma.

Y en esa calma, tal vez, solo tal vez, encuentres espacio para volver a vivir.

Con todo mi respeto y mi cariño, para ti que sigues aquí, aunque no sepas por qué.

José Arturo Sarabia Campos

CAPÍTULO 1 LA PRIMERA VEZ QUE HABLAMOS

Tras meses de acompañar a mi madre a distintos hospitales para realizarse análisis, a causa de su cáncer de colon, por fin inició el tratamiento de quimioterapia. En ese lugar fui testigo de muchas personas de todas las edades que, con valentía, enfrentaban la dura batalla contra esa enfermedad devastadora.

No pude conciliar el sueño en toda la noche, atormentado por el recuerdo de aquella gente que sufría. En medio de la desesperación, me levanté y me senté en el borde de la cama, a las tres de la madrugada, con la habitación sumida en la oscuridad y solo el resplandor anaranjado del alumbrado público filtrándose por la ventana.

No sé por qué esa noche sentí que podía hablarle sin vergüenza. Tan solo lo hice.

—Oye... ¿estás ahí?

Silencio. Pero no el silencio vacío de siempre. Era más bien como cuando alguien respira al otro lado del teléfono sin decir nada todavía.

—Vamos, no te hagas. Sé que escuchas. Siempre estás escuchando, ¿no? Eso dicen.

Una especie de calma pesada se asentó en el cuarto. No era voz, pero sentí que me daba permiso para seguir.

—Mira... en esta ocasión, no vengo a pedirte nada. Ya me cansé de pedir. Solo quiero entender unas cosas antes de que me dé sueño. ¿Puedo?

Sentí un leve movimiento en el aire, como si alguien hubiera asentido sin moverse.

—Bien. Primera pregunta... ¿por qué carajos permites que un bebé recién nacido tenga cáncer, mientras un asesino o secuestrador duerme plácidamente en su cama? ¿Eh? Explícamelo. Porque yo no le encuentro lógica. Y no me salgas con que «mis caminos no son tus caminos» porque esa frase ya me tiene harto. Dime algo que no suene a consuelo de velorio.

Pasaron unos segundos. Luego, dentro de mi cabeza —o quizás en el pecho, no sé distinguir— llegó una respuesta tranquila, sin enojo:

—No todo lo que permito lo apruebo. Y no todo lo que apruebo lo entiendo yo mismo desde donde tú miras.

—¿Entonces qué? ¿Solo miras? ¿Eres espectador de tu propia película?

—No soy espectador. Estoy dentro de cada fotograma. Dentro del dolor del bebé. Dentro de la maldad del hombre. Dentro de tu rabia ahora mismo. Pero no controlo los guiones que escriben las libertades humanas. Si las controlara, ya no serían libres. Y sin libertad no hay amor posible. Solo obediencia.

—Bonito. Muy poético. Pero el bebé igual se murió escupiendo sangre y gritando de dolor. Mientras asesinos y secuestradores siguen vivos. Eso no me lo quitas con poesía.

—No te lo quito. Ni pretendo quitártelo. El dolor es real. La injusticia es real. Yo no te pido que lo aceptes. Te pido que no me culpes de ello como si yo la hubiera diseñado con placer.

Me quedé callado un rato. Me dolía la garganta.

—Segunda pregunta... ¿por qué te escondes tanto? Si de verdad quieres que creamos en ti, ¿por qué no te apareces de una vez? Una sola vez. En el Zócalo, en la Alameda Central, donde sea. Algo innegable. Un milagro televisado. ¿Por qué todo tiene que ser tan... dudoso?

La respuesta llegó más suave, casi con cansancio.

—Porque si me aparezco de forma innegable, la fe deja de ser fe y se convierte en evidencia. Y el amor basado en evidencia no es amor, es conveniencia. Quiero que me elijan, aunque puedan no elegirme. Si no, ¿qué valor tendría que me quieran?

—O sea, ¿prefieres que dudemos, que suframos, antes que darnos certeza?

—Prefiero que me amen libres... aunque eso signifique que muchos me odien. Sí.

Resoplé. Me recosté en la cama al tiempo que miraba el techo con manchas de humedad.

—Tercera y última por hoy, porque ya me está dando dolor de cabeza hablar contigo... ¿valió la pena? Todo esto. El experimento humano. El desastre que somos. Las guerras, las violaciones, los niños quemados con napalm, las madres que entierran hijos, los que se cuelgan en el baño porque ya no pueden más... ¿valió la pena crearnos?

Silencio largo. Tan largo que pensé que ya no iba a contestar.

Y entonces, casi como un susurro:

—Cada vez que uno de ustedes, aun en medio del horror, elige perdonar... cada vez que alguien cuida a un extraño sin esperar nada... cada vez que una madre sigue cantándole a su hijo moribundo aunque sabe que no la escucha... cada vez que alguien se levanta después de tocar fondo y decide no hacerle a otro lo que le hicieron a él...

Por cada una de esas veces... sí. Vale la pena. Aunque solo sea por esas chispas. Aunque sean pocas. Aunque duelan tanto.

Me quedé callado. No porque estuviera conforme. Sino porque no tenía más fuerza para pelear esa noche.

—Te odiaré si te llevas a mi madre, lo sabes, ¿verdad?

Sentí algo parecido a un suspiro, sin sonido.

—Me lo han dicho antes. Con más insultos y con menos cariño que tú.

Chasquee la lengua enojado.

—Buenas noches, Dios. O lo que seas.

—Buenas noches, Arturo. Entiendo tu frustración. Gracias por decirme lo que sientes. No olvides que también eres mi hijo, y lo que te pase a ti, también me duele...

CAPÍTULO 2 NO SOPORTO VERLA SUFRIR

Al día siguiente, el hospital parecía más pequeño, más asfixiante. La sala de oncología olía a desinfectante y a muerte, como si las máquinas mismas sudaran ese olor. Mi madre estaba conectada otra vez a la vía, con esa media sonrisa valiente que ponía cuando sabía que yo observaba.

Me senté a su lado y le tomé la mano. Estaba fría, pero apretó mis dedos con una fuerza que no esperaba.

—¿Dormiste algo, hijo? —preguntó con voz ronca.

—Poco —mentí—. ¿Y tú?

Ella se encogió de hombros, como si el dolor fuera un invitado molesto al que ya no vale la pena hacerle caso.

—Soñé con tu papá —dijo de pronto—. Estaba joven, con esa chamarra de cuero que usaba cuando nos conocimos. Me decía que no me preocupara, que él ya había hablado con el de arriba y que todo iba a estar bien.

Me quedé callado. No supe si reír o llorar. Mi papá llevaba doce años muerto. Y mi madre nunca había sido de las que hablaban con personas difuntas.

—¿Y le creíste? —pregunté al fin.

Ella me miró con esos ojos que siempre veían más de lo que yo quería mostrar.

—Le creí que me amaba. Eso me bastó.

Sentí una puñalada en el pecho. No supe qué decir, solo me quedé con la vista fija en el suero, cómo caía gota a gota, hipnótico, como un reloj en cuenta regresiva que anuncia el final.

Esa mañana, cuando salí a tomar aire al patio del hospital, me senté en una banca que olía a tristeza. Saqué el celular, pero no tenía ganas de ver nada. Solo quería respirar sin que me doliera.

Y entonces volví a hablarle. No sé por qué. Tal vez porque la noche anterior no había terminado la conversación, solo la había pausado.

—Oye... sigues ahí, ¿verdad?

El viento movió las hojas de los árboles como respuesta. O tal vez solo fue mi imaginación.

—No te voy a pedir que la cures. Ya sé que no funciona así. Pero... ¿puedes hacer algo por mí? Algo chiquito. No te pido un milagro. Solo... que no me dejes solo. Dame fuerza para soportar verla sufrir y no poder hacer nada. ¿Puedes?

Esta vez no hubo palabras en mi cabeza. Solo una sensación extraña: como si alguien hubiera puesto una mano tibia en mi nuca, muy breve, y luego la hubiera retirado.

No sé si fue real. Quizá no lo fue. Pero por un segundo dejé de sentir que el mundo pesaba solo sobre mis hombros.

Cuando volví a la habitación, mi madre estaba dormida. La enfermera acababa de cambiarle la bolsa de suero y le había puesto una cobija extra porque dijo que «a veces el frío se mete hasta los huesos». Me senté y la miré respirar. Lenta. Viva.

Saqué un cuaderno que llevaba en la mochila —de esos que nunca uso— y escribí una sola línea, sin pensarlo mucho:

«Si al final te la llevas, no me dejes con la rabia como único recuerdo de ella. Por favor».

Cerré el cuaderno. No esperaba respuesta. Pero por primera vez en meses sentí que disminuía ese coraje que me invadía.

Esa noche, cuando llegamos a casa, mi madre se sentó en el sillón y me pidió que le pusiera una canción de Juan Gabriel. «Querida», dijo. La puse. Y mientras sonaba, ella cerró los ojos y empezó a mover los labios sin voz, como si cantara para alguien que no estaba en la sala.

Yo me quedé mirándola desde la puerta de la cocina, con un nudo en la garganta que no se deshacía.

Y por primera vez no le reclamé nada a nadie.

Solo pensé:

«Si esto es todo lo que hay... que al menos sea con ella cantando»

Y me pareció suficiente.

Por esa noche, al menos, me pareció suficiente.

CAPÍTULO 3 YA NO AGUANTA MÁS

Los días siguientes fueron un carrusel de náuseas, vómitos que duraban horas y una fatiga que convertía hasta el simple acto de abrir los ojos en una hazaña. Mi madre adelgazaba cada vez más, pero seguía poniéndose aretes y pintándose los labios de un rojo discreto cada mañana, «para que no parezca muerta antes de tiempo», decía con esa media sonrisa que me partía el alma.

Una madrugada, a las cuatro y pico, la encontré sentada en la cama con la luz del celular iluminándole la cara. Temblaba.

—Hijo... creo que ya no aguanto más esta noche.

Corrí a su lado. Le tomé la frente: ardía. La piel estaba amarilla, como papel viejo. Llamé a emergencias mientras ella se doblaba sobre sí misma, gemía bajito.

En el hospital la estabilizaron, pero el médico de guardia fue claro, sin rodeos:

—La metástasis ya llegó al hígado. Estamos hablando de semanas, tal vez días si el cuerpo no responde. Lo siento.

Me quedé parado en el pasillo como si me hubieran dado un mazazo en la nuca. Cuando volví a la habitación, ella dormía sedada. Me senté en la silla de plástico que crujía con cada movimiento y cerré los ojos.

Y ahí, en ese silencio roto solo por el pitido del monitor, volví a hablarle. Esta vez no con calma. Esta vez con rabia pura.

—¿Contento? ¿Ya estás satisfecho? ¿Era esto lo que querías ver? ¡Mírala! ¡Mírala bien, carajo! ¿Esto es lo que vale la pena? ¿Esto es por lo que «sí vale la pena» cada perdón?

El aire se puso denso otra vez. Como si la habitación se hubiera encogido.

—No me digas que no controlas los guiones —seguí, casi escupiendo las palabras—. No me salgas con que la libertad humana. Porque si la libertad humana es esto, entonces es un asco. Y tú la inventaste, sabías que podía terminar así. ¡Lo sabías, no lo niegues!

Silencio. Pero esta vez no era permiso. Era como si esperara a que terminara de vomitar todo.

—¿Sabes qué es lo peor? —continué, con la voz quebrándose—. Que todavía te quiero pedir algo. Todavía soy tan estúpido que te estoy rogando.

Quítamela rápido. No la hagas sufrir más. Si te la tienes que llevar, llévatela ya. No la dejes gritar de dolor. No la dejes suplicar que pare. Hazlo rápido. Por favor. Por una maldita vez, sé misericordioso de verdad.

Y entonces llegó. No suave. No poético. Como un golpe seco en el pecho:

—No te pido que me ames, Arturo. Te estoy pidiendo que me dejes amarte aunque me odies.

Me quedé helado.

—¿Qué? —dije confundido.

—Cada insulto que me dices, cada «carajo» que me gritas, cada vez que me culpas... yo lo recibo. Lo recibo entero. Porque es tuyo. Porque es honesto. Y yo no quiero un amor de boca hacia afuera. Quiero el tuyo, aunque venga con sangre y con rabia.

—¿Y mi madre? ¿Qué hay de ella? ¿También recibes su dolor entero? ¿O solo el mío porque soy el que te habla?

—Recibo el de ella también. Cada punzada. Cada arcada. Cada lágrima que se traga para no preocuparte. Lo recibo. Y lo llevo conmigo. No se pierde.

Nada se pierde.

Me tapé la cara con las manos. Las lágrimas quemaban.

—Entonces... ¿por qué no la sueltas? Si tanto la quieres, ¿por qué no la sueltas ya? ¿Por qué la dejas colgada en este infierno?

La respuesta llegó lenta, casi rota:

—Porque ella todavía no me lo ha pedido.

Me quedé sin aire.

—¿Qué? —pregunté.

—Tu madre no me ha pedido que la suelte. Todavía no. Cada noche, cuando crees que duerme, me habla. Me dice: «Aguántame un poquito más. Déjame ver a mi hijo un día más. Aunque sea para verlo enojado, aunque sea para verlo llorar... déjame verlo vivo un día más». Y yo le respondo: «Está bien. Un día más».

Me doblé sobre mí mismo. Un sollozo me salió del fondo del estómago.

—No puede ser... ella... ¿ella te pide seguir con ese sufrimiento?

—No me pide que siga sufriendo. Me pide que siga con ella. Hay una diferencia. Y yo estoy. Estoy en cada latido débil. Estoy en cada respiración que cuesta trabajo. Estoy en el dolor y en el amor que todavía siente por ti, aunque ya no pueda decírtelo con palabras.

Me limpié la cara con la manga. La voz me salió entrecortada.

—¿Y cuando te lo pida? ¿Cuándo ya no pueda más y te diga «ya basta»?

—Entonces la soltaré. La tomaré de la mano y la sacaré de aquí. Y no va a estar sola ni un segundo del camino.

Silencio.

—¿Y yo? —pregunté al fin, casi en un susurro—. ¿Qué va a pasar conmigo cuando ya no esté?

Sentí algo que no puedo explicar: como si alguien se hubiera sentado a mi lado en esa silla vacía, hombro con hombro.

—Vas a seguir respirando. Vas a seguir enojado conmigo por un tiempo. Vas a maldecirme en voz alta en el funeral y en silencio durante meses. Y un día, cuando menos lo esperes, vas a hacer algo bueno por alguien que no conoces. Algo pequeño. Algo que nadie va a aplaudir. Y en ese momento vas a entender, aunque sea por un segundo, por qué todavía no he tirado la toalla con ustedes.

—No voy a querer entender. Voy a querer que vuelva.

—Lo sé —dijo con tristeza.

—Y te voy a seguir odiando si te la llevas.

—Lo sé también —asentía con la cabeza.

Me quedé callado un rato largo. El monitor seguía pitando. Mi madre respiraba con esfuerzo, pero respiraba.

—Solo... quédate con ella esta noche —le dije—. No te vayas. Aunque sea para que no se sienta tan sola cuando le dé el siguiente ataque de dolor.

—No me voy. Nunca me voy.

Y por primera vez en toda la conversación, no sentí ganas de contestar con sarcasmo. Solo cerré los ojos y dejé que el cansancio me ganara.

Cuando abrí los ojos otra vez, el sol ya entraba por la ventana. Mi madre seguía ahí. Débil. Amarilla. Viva.

Y yo, en mucho tiempo, no le reclamé nada a nadie.

Solo le tomé la mano y le dije bajito:

—Un día más, ma. Aguántame un día más.

Ella no abrió los ojos, pero apretó mis dedos.

Y en ese apretón sentí que alguien más también apretaba.

CAPÍTULO 4 YA CASI NO COME

Los días se volvieron insoportables, pitidos y olores a antiséptico que se me pegaban a la piel como una segunda capa de desesperación. Mi madre ya no comía, apenas bebía, y sus ojos, esos ojos que siempre me habían guiado, ahora se perdían en un vacío que me aterrorizaba. El médico me llamó esa mañana, con esa voz clínica que intenta sonar empática pero solo suena a sentencia:

—Arturo, necesitamos hablar de cuidados paliativos. No hay más que podamos hacer. Es cuestión de horas, quizás un día o dos.

Me quedé ahí, en el pasillo, con las manos temblorosas tanto que el café que sostenía se derramó por el suelo. Horas. ¿Horas? ¿Todo se reduce a eso? Doce años sin mi padre, meses de quimio, noches de insomnio... ¿para qué? ¿Para qué se la lleven en un parpadeo final?

Entré a la habitación como un fantasma. Ella estaba despierta, mirándome con una sonrisa débil que no llegaba a sus ojos.

—Hijo... ven, siéntate. No pongas esa cara. Ya lo sabíamos, ¿no?

Me senté al borde de la cama, tomándole la mano que ahora parecía de papel. Lágrimas calientes me corrían por la cara sin que pudiera detenerlas.

—Ma... no puedo. No puedo imaginar un mundo sin ti. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo sigo? Todo se desmorona. Mi trabajo, mis amigos... nada importa. Solo tú. Y ahora... ¿esto?

Ella apretó mi mano con lo poco que le quedaba de fuerza.

—Vas a seguir, Arturo. Porque eres fuerte. Más que yo. Recuerda lo que te dije de tu papá: él se fue, pero nos dejó amor suficiente para llenar el vacío. Haz lo mismo. Ama. Vive. No te quedes atorado en el dolor.

Pero sus palabras solo avivaron el fuego dentro de mí. Cuando la enfermera entró a cambiar el suero y nos dejó solos de nuevo, me derrumbé. Me arrodillé al lado de la cama, con la cabeza apoyada en el colchón, y grité en silencio al principio, pero luego las palabras salieron como un torrente.

—Dios... o lo que seas... ¡¿por qué?! ¿Por qué me haces esto? ¿Qué carajos hice yo para merecer que mi mundo se desmorone así? Toda mi vida he intentado ser bueno. No robo, no mato, ayudo a quien puedo. ¿Y esto es lo que recibo? ¿Verla morir? ¿Quedarme solo en este mundo cada vez peor?

El aire se espesó de nuevo, como siempre cuando le hablaba. Pero esta vez sentí un peso en el pecho, como si alguien me empujara hacia abajo.

—No mereces nada de esto —llegó la respuesta, calmada, pero con un eco de tristeza—. Nadie lo merece. El mundo no es un tribunal donde se reparten premios y castigos. Es un lienzo donde pintan con libertad, y a veces los colores se mezclan en oscuridad.

Me levanté de golpe, caminé de un lado a otro de la habitación como un animal enjaulado. Mi madre dormía ahora, sedada, ajena a mi tormenta.

—Libertad otra vez. ¡Siempre la misma excusa! ¿Y mi fe? ¿Qué pasa con eso? Toda mi vida creí en ti. Iba a misa de niño, rezaba antes de dormir. ¿Para qué? ¿Para que ahora dudes de mí? No, peor: para que me ignores. ¿Es esto una prueba? ¡Pues fallé! ¡He fallado! Estoy quebrado. Si existes, ¿por qué no me das una señal? Algo. Cualquier cosa. Cura a mi madre. O al menos...

haz que no duela tanto. Porque si no, ¿qué sentido tiene creer? ¿Por qué no renuncio a ti aquí y ahora?

Silencio. Un silencio que me enfureció más.

—Contéstame, maldita sea. ¡No me dejes hablando solo como un loco! ¿O es que no existes? ¿Todo esto es un invento mío? ¿Mi mente quebrada inventa conversaciones para no volverme loco del todo?

Y entonces, como un susurro que venía de dentro y de fuera al mismo tiempo:

—No es una prueba, Arturo. Es la vida. Y tú fe... no es algo que yo te imponga. Es tuya. Puedes soltarla si quieres. Puedes odiarme. Puedes negarme. No te voy a castigar por eso. Porque el amor que busco no es forzado. Pero si decides quedarte, aunque sea con dudas, aunque sea gritándome... ahí es donde encuentro valor en esto. En ti, al dudar, pero aún hablando conmigo.

Me detuve, apoyándome en la ventana. Afuera, la ciudad seguía su ritmo: coches, gente, vida indiferente. Y yo aquí, desmoronándome.

—¿Valor? ¿En mi duda? ¿Bromeas? Me siento vacío. Como si todo en lo que creí fuera una mentira. ¿Y si no hay nada después? ¿Y si mi madre se va y eso es todo? Polvo. Nada. ¿Cómo vivo con eso? ¿Cómo no me desmorono por completo?

La respuesta llegó suave, casi como un abrazo invisible:

—Vives un paso a la vez. Con dudas, sí. Con desesperación, sí. Pero con vida. Porque incluso en la duda hay espacio para esperanza. No la esperanza de milagros grandes, sino de momentos pequeños: un amanecer, una risa inesperada, un recuerdo que te haga sonreír en medio del llanto. Y si no hay nada después... entonces haz que este «ahora» valga. Por ella. Por ti.

Me volví a sentar, exhausto. Mi madre se removió en sueños, murmuraba algo inaudible. Le besé la frente, fría y sudorosa.

—No sé si puedo —le dije a Él, o a mí mismo—. No sé si mi fe aguanta esto. Pero... si te quedas con ella cuando se vaya, si la cuidas allá donde yo no puedo... tal vez no te renuncie del todo. Tal vez.

No hubo más palabras. Solo el pitido constante del monitor, recordándome que el tiempo se acababa.

Esa noche, mientras velaba su sueño irregular, sentí el mundo derrumbarse un poco más con cada respiración suya que costaba trabajo. Pero en medio del caos, una chispa de duda se mezclaba con algo parecido a una oración rota: «Si existes... no me sueltes a mí tampoco»

CAPÍTULO 5 CUANDO NO ESTABA ENFERMA

Me quedé para velar su sueño esa noche, con la luz tenue del monitor reflejándose en su cara hundida. Cada vez que respiraba hondo y pausado, me parecía que el tiempo se detenía un segundo para darme tiempo de recordar. Me acuerdo cómo era antes. Cómo era ella antes de que el cáncer le robara el color, el pelo, la risa fácil.

Cuando no estaba enferma, mi mamá era un torbellino de vida disfrazado de mujer de cincuenta y tantos. Trabajaba todo el día en la papelería del centro, atendía clientes con esa paciencia que solo tienen las que han criado solas a un hijo revoltoso. Pero cuando llegaba la noche, la casa se convertía en nuestro teatro privado.

Nos quedábamos hasta las tres o las cuatro de la mañana hablando tonterías. Yo llegaba de la universidad o de alguna salida con amigos, y ella me esperaba con café de olla y pan dulce que «se le había antojado calientito». Me sentaba en la mesa de la cocina y empezaba a contarle cualquier cosa con tal de hacerla reír. Porque cuando reía de verdad, se le arrugaban los ojos y se le marcaban esas líneas que decían «he vivido mucho y todavía me divierto».

Una de esas noches, hace como cuatro años, le conté la historia de las tortillas. La que más le gustaba, porque siempre terminaba con lágrimas en los ojos de la risa y repitiéndola a sus amigas como si fuera una anécdota épica.

Fue entonces que se me hizo una buena idea contársela de nuevo.

—Ma, ¿te acuerdas cuando tenía doce años y me mandaste por tortillas a la tortillería de la esquina?

Ella se tapó la boca con la mano, para contener la carcajada.

—Ay, Dios mío, cómo no voy a acordarme. Fue el día que casi me muero de la vergüenza por ti.

Yo me recargaba en la silla, para exagerar el drama.

—Llegué sintiéndome grande, con mis diez pesos en la mano. No había fila. ¡Ni un alma! Pensé: «Hoy soy el rey de las tortillas». Me paro ahí, a la espera. Pasaron cinco minutos. Diez. Quince. Nada. La máquina seguía muda. Yo ya me empezaba a desesperar, pensaba que se habían quedado sin masa o que la señora se había ido al baño y se había dormido.

Mi mamá ya empezaba a reírse bajito, cubriéndose la boca.

—Y entonces, después de veinte minutos, la fila se hizo gigante. Como treinta personas atrás de mí, todas mirándome como si yo fuera el culpable del retraso. Yo, con mi carita de «yo no fui», me asomo por encima del mostrador para ver qué carajos pasaba. Y ahí estaba: un gato negro enorme, paseándose como si fuera el dueño del lugar, caminaba entre las bandejas de masa. Yo me quedo hipnotizado viéndolo, y de repente...

En ese momento ella ya no aguantaba, se le escapaba la risa en carcajadas contenidas.

—...de repente siento que alguien me agarra de la cintura por atrás. Era Toño, mi «amigo» del salón. Me baja los pantalones con todo y calzones de un jalón. ¡Hasta los tobillos! Quedé con las nalgas al aire, blancas como leche, enfrente de toda la fila. La gente estalló en risotadas. Niños, señoras, señores, todos. Y en medio de la multitud, la vi: a la Mariana, la chica que me gustaba desde quinto. Con su uniforme del colegio, mirándome con los ojos como platos y soltando una carcajada que se oyó hasta la otra cuadra.

Mi mamá ya estaba doblada sobre la cama, golpeaba con la palma abierta, lágrimas de risa rodándole por las mejillas.

—¡Y tú ahí parado, congelado! ¡No sabías si subirte los pantalones o correr o llorar! Te quedaste como estatua, con la cara más roja que tomate. Y el gato ni se inmutó, siguió paseándose como si nada.

Yo me reía con ella, revivía la humillación, pero ya convertida en oro puro.

—Corrí a la casa con las tortillas aplastadas en la bolsa, lloraba de coraje. Llegué y te conté todo entre sollozos. Y tú, en vez de regañarme por llegar tarde, me abrazaste y dijiste: «Hijo, algún día vas a contar esto y te vas a reír más que nadie». Y tenías razón. Aquí estamos, riéndonos como tontos a las tres de la mañana.

Ella se limpiaba los ojos con la manga de la bata.

—Ay, Arturo... esa fue de las mejores noches. Porque, aunque te morías de pena, viniste a contármelo todo. Sin filtros. Sin vergüenza. Y eso vale más que cualquier tortilla caliente.

Se quedó callada un rato, miraba el techo. La risa se fue apagaba poco a poco, para dejar solo el eco y el pitido del monitor.

—Ojalá pudiéramos volver a esas madrugadas —susurró—. Aunque fuera solo una más. Tú contándome alguna tontería, yo riéndome hasta que me doliera la panza.

Le tomé la mano. Estaba helada.

—Ma... todavía podemos. Te cuento otra. La que quieras. La del día que me caí en la alberca con ropa en la fiesta de los primos. O la del perro que me persiguió tres cuerdas porque le robé su hueso. Tú elige.

Ella cerró los ojos, pero sonrió apenas.

—Cuéntame la de las tortillas otra vez. Me gusta verte hacer las voces. Cómo imitas a Toño.

Y lo hice. Se la conté de nuevo, exageraba cada detalle, hacía gestos, aunque ella ya no podía verme bien. Imité el maullido del gato, el grito de la gente, mi voz de niño desesperado. Y aunque apenas podía reírse, vi cómo se le movían los hombros. Pequeño. Débil. Pero real.

Cuando terminé, el silencio volvió. Pero esta vez no era vacío. Era lleno de nosotras. De esas noches que ya no volverían, pero que seguían vivas en mí.

—Gracias por reírte conmigo siempre, ma —le dije bajito, besándole su mano—. Aunque fuera a costa mía.

Ella no contestó con palabras. Solo apretó mi mano una vez más. Débil. Pero ahí.

Y en ese apretón entendí que, aunque el mundo se desmoronara, esas madrugadas de risas tontas eran lo único que no se iba a llevar el cáncer.

Ni la muerte. Ni Dios. Ni nadie.

Esas risas eran nuestras. Y seguirían siendo nuestras, aunque solo quedara yo para contarlas.

CAPÍTULO 6 ME DESPIDIERON

Esa noche en el hospital fue como si el techo se me viniera encima, pero en silencio, sin hacer ruido para no despertarla. Mi madre dormía de forma intermitente, con esa respiración entrecortada que me hacía checar el monitor cada dos minutos, como si yo pudiera arreglar algo con solo mirarlo. Estaba sentado en esa silla dura como piedra, con el celular en la mano, revisaba el mensaje de mi jefe por enésima vez: «Arturo, lamentamos informarte que, debido a tus ausencias repetidas y retrasos, hemos decidido prescindir de tus servicios. Entiende que la empresa no puede absorber más inestabilidades. Recoge tus cosas mañana».

Lo leí y lo releí hasta que las palabras se volvieron borrosas. ¿Ausencias repetidas? Claro, porque me quedaba dormido después de noches enteras velándola, con el cuerpo gritándome que descansara, pero la cabeza no dejándome. O porque el doctor me decía: «Hoy no la deje sola, el dolor puede volver en cualquier momento», y yo avisaba al trabajo, mandaba correos, llamaba: «No puedo ir hoy, es mi mamá». Al principio entendían, decían «tómate el día». Pero el tiempo se acumula, las facturas no esperan, y al final soy yo el prescindible.

No se lo podía decir. ¿Cómo le dices a tu madre moribunda que por cuidarla perdiste el trabajo? Que el sueldo que pagaba la renta, los medicamentos carísimos que no cubre el seguro, la comida que apenas alcanzaba... todo eso se fue al carajo. Ella ya cargaba con suficiente: el cáncer royéndole las entrañas, el cuerpo traicionándola día a día. Si se lo decía, se culparía. Diría algo como «Hijo, ve a trabajar, yo estoy bien aquí sola», y se pondría peor solo por el remordimiento. No. Tenía que tragármelo yo solo. Sonreírle por la mañana y decirle que todo estaba en orden, que el jefe me me daba flexibilidad. Mentiras piadosas que me quemaban la garganta.

Me levanté y caminé hasta la ventana, miraba las luces de la ciudad que aún parpadeaban como si nada. La Ciudad de México seguía viva allá afuera: gente yendo a bares, taxis que tocaban el claxon, vidas normales. Y yo aquí, con el mundo derrumbándose en pedazos. Sin trabajo, el dinero en la cuenta se acabaría en poco tiempo. ¿Cómo pago la renta del departamento? ¿El casero me va a dar prórroga porque «mi mamá se muere»? ¿Y los medicamentos? Esos frascos de pastillas que cuestan como un sueldo entero, los inyectables que hay que comprar en farmacias especiales porque el hospital no los tiene. ¿Y la comida? Ni siquiera para mí, pero para ella: las sopas suaves, las frutas que no le irriten el estómago, el Ensure que le da un poco de fuerza. Todo cuesta. Todo se acumula. Y yo, con esposa y una hija pequeña. ¿Qué hago? ¿Vendo el carro viejo que apenas anda? ¿Pido prestado a tíos que ni me hablan desde que papá murió? ¿Me pongo a vender tacos en la calle? La desesperación me apretaba el pecho como una garra, no me dejaba respirar.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la pared fría, y cerré los ojos. Las lágrimas vinieron solas, calientes, silenciosas para no despertarla.

—Dios... otra vez yo —susurré, con la voz ahogada—. ¿Esto también es parte de tu «lienzo de libertad»? ¿O solo me jodes porque sí? Perdí el trabajo por cuidarla, por hacer lo que se supone que es lo correcto. ¿Y ahora qué? ¿Me dejas en la calle? ¿Sin un peso para enterrarla cuando se vaya? Porque se va a ir, lo sé. Y yo me quedo aquí, ahogándome en deudas y en culpa. ¿Qué carajos quieres de mí? ¿Qué me rinda? ¿Qué te mande al diablo de una vez?

El aire se puso pesado, como siempre. Pero esta vez no sentí permiso ni calma. Solo un silencio que me enfurecía más.

—No me digas que «todo tiene un propósito» —continué, casi escupiendo las palabras—. Porque si el propósito es verme quebrado, vas muy bien. No tengo nada. Nada. ¿Cómo sigo?

¿Cómo no me vuelvo loco al pensar en el recibo de luz que llega la semana que viene, o en el que atiende la farmacia que me mira con lástima cuando le digo que me lo fíe? Dame algo. Una idea. Un milagro chiquito. O al menos quítame esta mendiga desesperación que me devora vivo.

Y entonces llegó, suave pero firme, como un eco en mi cabeza:

—No te estoy jodiendo, Arturo. Estoy sosteniéndote, aunque no lo sientas. El trabajo se fue, pero tú no estás solo. Busca. Pide. Hay puertas que se abren cuando otras se cierran. Confía en mí. Hazlo por ella, por ti... aguanta. Un día a la vez.

—Qué fácil decirlo. Tú no pagas renta. Pero está bien, lo haré —resoplé, limpiándome la cara con la manga.

Pero en el fondo, algo se movió. No era esperanza, no todavía. Era solo... terquedad. La misma que ella me enseñó en esas madrugadas de risas. Me levanté, me acerqué a la cama y le arreglé la cobija. Ella murmuró algo en sueños, mi nombre quizás.

—Mañana busco otro trabajo, ma —le susurré, aunque no me oía—. O lo que sea. Te lo prometo. No nos vamos a rendir. No todavía.

La noche siguió, interminable, pero por primera vez en horas, respiré un poco más hondo. La desesperación no se fue, pero al menos no me ahogaba solo.

CAPÍTULO 7 AHORA VENDO TACOS

En la Los días siguientes fueron un torbellino de supervivencia pura, sin tiempo ni para respirar hondo. Me levantaba a las cuatro de la mañana, con los ojos arenosos y el cuerpo pesado como si hubiera corrido un maratón dormido. Primero, el hospital: entraba sigiloso a la habitación de mi mamá, le acomodaba la cobija, le besaba la frente tibia y le susurraba «ya vengo, ma, no te muevas». Enseguida corría al mercado de abastos; compraba las tortillas, el chicharrón, las papas, los frijoles, el aceite, todo con el último dinero que quedaba en la cuenta. Contaba cada peso dos veces. Preparaba los tacos en la cocina de la casa —la misma donde antes nos reíamos hasta las tres de la mañana— ahora convertida en taller improvisado. Los envolvía en manteles para conservarlos calientes, los metía en un carrito improvisado y salía empujándolo por las calles todavía oscuras de la Ciudad de México.

Me plantaba afuera de una maquiladora grande en la zona industrial, justo a la hora del cambio de turno de las seis. «¡Tacos de canasta, calentitos, de chicharrón, papa con chorizo! ¡Lleven para el desayuno, señores!» gritaba con una voz que al principio sonaba entusiasta y al final del día ya era ronca, rota. Los obreros pasaban apurados, algunos compraban uno o dos, otros solo miraban de reojo y seguían. Vendía poco. Muy poco. A veces quince, a veces veinte tacos en toda la mañana. Lo que ganaba —después de restarle el costo de la materia prima— apenas alcanzaba para comprar lo mismo al día siguiente. No sobraba ni para un refresco. Mucho menos para la renta que ya iba dos semanas atrasada, o para los medicamentos que el doctor seguía recetando, aunque ya no curaran nada.

Regresaba a casa a media mañana, sudado, con olor a grasa y a desesperación. Ahí me esperaba lo otro: ser padre. Mi hija de seis años, Sofía, llegaba de la escuela con tareas que no

entendía y preguntas que yo no tenía fuerzas para contestar bien. «Papi, ¿cuándo se pone bien mi abuelita?» Le inventaba historias suaves, le decía que su abuelita estaba en un hospital mágico donde los doctores la cuidaban mucho. Le preparaba la comida con lo que quedaba en la alacena: arroz con huevo, frijoles refritos, tortillas del día anterior. Comíamos en silencio, ella dibujaba en una hoja mientras yo revisaba el celular en busca de ofertas de trabajo.

Porque sí, seguía buscando. Todas las tardes, después de dejar a Sofía con la cuñada —que me ayudaba, aunque ella tenía sus propios problemas—, me sentaba en una banca del parque o en la sala de espera del hospital y mandaba currículums. Diez, veinte al día. Llamaba a números que salían en anuncios pegados en postes: «Se busca ayudante de almacén», «Vendedor en mostrador», «Chofer con experiencia». Contestaban pocos. Y siempre era lo mismo:

—¿Tienes disponibilidad inmediata?

—Sí, claro.

—¿Puedes entrar mañana a las siete?

—... Es que mi mamá está muy enferma, tengo que ir al hospital por las tardes. ¿Podría entrar de tarde o medio tiempo?

Silencio. Luego: «Lo sentimos, necesitamos alguien de tiempo completo».

Me ofrecieron un trabajo de guardia nocturno en un estacionamiento. Pagan poco, pero era algo. Acepté. Empecé esa misma semana: de diez de la noche a seis de la mañana, sentado en una caseta viendo cámaras que no parpadeaban. De ahí directo al mercado a preparar tacos. De los tacos al hospital. Del hospital a casa a bañar a Sofía, hacerle la tarea, contarle un cuento con la voz quebrada. Dormir tres o cuatro horas si había suerte. Y volver a empezar.

Una tarde, después de vender solo doce tacos y de que un tipo me regateara hasta los cinco pesos del cambio, me senté en el carrito vacío, en una calle solitaria, y me puse a llorar como niño. No de tristeza limpia, sino de rabia mezclada con cansancio. Me limpié la cara con la manga grasienta y le hablé otra vez a Él, porque ya no sabía a quién más hablarle.

—Oye... ¿ves esto? ¿Ves cómo me estoy matando? No duermo, no como bien, huelo a chicharrón todo el día, y aun así no alcanza. ¿Esto es lo que querías? ¿Qué me rompa del todo para probar algo? Porque si es así, ya ganaste. Estoy roto. No sé cuánto más aguantaré.

El silencio fue largo, como siempre. Pero luego llegó esa voz interna, sin enojo, casi cansada como yo:

—No quiero que te rompas, Arturo. Quiero que respires. Aunque sea entre tacos y turnos. Aunque sea con lágrimas. Sostienes a tres personas con tus manos temblorosas: a tu hija, a tu madre... y a ti mismo. Eso no es poco. Eso es mucho.

Resoplé, amargo.

—¿Y de qué sirve si mañana no tengo ni para las tortillas? ¿Si me corren del estacionamiento porque me quedo dormido en la caseta? ¿Si mi mamá se muere por dejarla sola mientras yo vendo tacos?

—No la dejas sola. Estás ahí cada vez que puedes. Y ella lo sabe. Lo siente. Aunque no lo diga.

Me quedé callado, miraba el carrito oxidado. Luego me levanté, lo empujé de vuelta al mercado. Mañana sería lo mismo. O peor. Pero al menos mañana seguiría intentándolo.

Porque rendirme no era opción. No todavía.

No mientras ella respirara. No mientras Sofía me mirara esperando que su papá tuviera una respuesta.

Aunque la única respuesta que tenía era empujar el carrito, un día más.

CAPÍTULO 8 MI MUJER SE FUE DE LA CASA

La gota que derramó el vaso llegó una tarde de jueves, justo cuando yo regresaba del turno de guardia nocturno en el estacionamiento, con el cuerpo que olía a humo de cigarro ajeno y los ojos hinchados de no dormir. Entré al departamento y encontré la maleta de ella en la puerta, cerrada con candado, y a Sofía sentada en el sillón con los ojos rojos, abrazaba su mochila de la escuela como si fuera un salvavidas.

—Papi... mamá se fue —dijo con voz chiquita, sin mirarme.

Me quedé parado en el umbral, con la llave todavía en la mano. No pregunté «¿cómo que se fue?». Lo supe antes de que ella terminara de hablar. Lo supe desde hacía semanas, en cada mensaje más corto, en cada llamada que se cortaba con un «estoy ocupada», en cada vez que me pedía el gasto y yo le contestaba «esta quincena no va a alcanzar, pero la próxima sí».

Entré. Sobre la mesa de la cocina había una nota escrita a mano, con la letra pulcra que siempre usaba para las listas del súper:

«Arturo, ya no puedo más. No es por ti, es por esto. Por verte matarte todos los días y no poder ayudarte. Por ver a Sofí preguntar por qué no hay leche, por qué no hay luz, por qué papá llega oliendo a tacos y a cansancio. Me voy con mi hermana a Querétaro. Quédate con la niña, ella te necesita más que a mí ahora. Perdóname. O no me perdones, pero cuídala. No me busques, por favor. Voy a intentar empezar de nuevo».

No había firma. Solo un beso dibujado con bolígrafo azul, como los que ponía en las cartas cuando éramos novios.

Me senté en el piso, con la espalda contra la puerta cerrada, Sofía vino y se acurrucó contra mí sin decir nada. Lloramos los dos, en silencio, porque ya no quedaban fuerzas para gritar.

Esa noche, después de acostar a Sofía —le conté el cuento de siempre, el de la princesa que se convertía en dragón para proteger a su papá, aunque la voz me temblaba tanto que apenas se entendía—, me senté en la cocina a oscuras y le hablé otra vez a Él. Esta vez no con rabia. Con algo peor: vacío.

—Se fue. Se fue porque no pude mantenerla. Porque el dicho es cierto: «cuando falta el dinero, el amor se va por la ventana». ¿Contento? Ahora soy padre soltero, sin trabajo fijo, vendo tacos que apenas pagan las tortillas, cuido a una niña de seis años que no entiende por qué su mamá se fue, y veló a una madre que se muere en un hospital que huele a derrota. ¿Esto es el fondo, o todavía hay más abajo?

El silencio fue más largo que nunca. Tan largo que pensé que esta vez sí me había dejado solo de verdad.

Y entonces llegó, casi como un murmullo:

—No estoy contento, Arturo. Nunca lo estoy cuando uno de mis hijos sufre. Ella se fue porque el peso era demasiado para los dos. No porque no te quisiera. Porque el amor humano tiene límites. Pero el mío no.

Resoplé, amargo.

—¿Y de qué me sirve tu amor si no paga la renta? ¿Si no trae de vuelta a mi esposa? ¿Si no cura a mi mamá? ¿Si Sofía me pregunta mañana «¿cuándo vuelve mamá?» y yo no tengo respuesta?

—No te sirve para pagar la renta. No te sirve para curar. Pero te sirve para seguir respirando cuando sientes que no puedes. Te sirve para abrazar a tu hija esta noche aunque estes roto por dentro. Te sirve para ir mañana al hospital y contarle a tu madre una mentira piadosa: que todo está bien, que tu esposa trabaja en otro turno. Porque ella no necesita saber que el mundo se te derrumbó más. Ya tiene suficiente con el suyo.

Me tapé la cara con las manos. Las lágrimas quemaban.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo le explico a Sofí que su mamá se fue porque su papá no pudo? ¿Cómo le digo que tal vez no haya Navidad este año, ni regalos, ni nada?

—No le digas eso. Dile la verdad a medias: que mamá tuvo que irse un tiempo a trabajar lejos, pero que te quiere mucho y que algún día va a volver a verte. Y mientras tanto, tú sé lo que ella necesita: un papá que, aunque tiemble, la abrace. Que, aunque huelga a grasa y a sudor, le dé besos en la frente. Que, aunque no haya dinero, haya cuentos antes de dormir.

Silencio.

—Y por ti... no te rindas todavía. Un paso. Solo uno. Mañana levántate, prepara los tacos, ve al hospital, abraza a tu hija. Y cuando sientas que no puedes más, acuérdate: yo estoy en cada abrazo que le das. En cada «te quiero» que le susurras aunque no lo sientas. En cada lágrima que te tragas para que ella no vea.

Me levanté. Fui al cuarto de Sofía. Estaba dormida, con el osito viejo apretado contra el pecho. Me acosté a su lado en la cama chiquita, la abracé por detrás y le besé el pelo.

—Todo va a estar bien, mi amor —mentí bajito—. Papi está aquí. Siempre.

Y por esta ocasión, no sentí que mentía del todo.

Porque, aunque el amor se había ido por la ventana, yo seguía ahí. Terco. Roto. Pero ahí.

Un día más. Solo un día más.

CAPÍTULO 9 **PEDÍA QUE LA DEJARAN MORIR**

La habitación se había convertido en un lugar donde el silencio pesaba más que los pitidos de los monitores. Mi madre dormía de forma profunda bajo los efectos de la morfina, con esa paz falsa que dan los medicamentos cuando el cuerpo ya no responde. En la cama de al lado, la señora que había llegado esa misma tarde —una mujer de unos sesenta y tantos, con el pelo gris recogido en una coleta floja y la cara marcada por arrugas que hablaban de muchos años duros— yacía inmóvil, con la pierna derecha envuelta en vendajes ensangrentados y un tubo de suero que colgaba del brazo.

La habían traído de urgencias: fractura expuesta en un accidente de moto, dijeron. Algo salió mal en la cirugía, infección galopante, y tuvieron que abrir de nuevo. Le pusieron transfusión porque la hemorragia no paraba. Yo la vi llegar, gritaba de dolor, pedía que la dejaran morir ya. Las enfermeras la calmaron con promesas de que todo iba a mejorar.

Pero en la madrugada todo cambió.

Primero fue un ruido sordo, como algo cayó al piso. Luego el olor metálico de la sangre fresca que invadía el aire. Me desperté de golpe en la silla y vi la escena: la señora había arrancado la manguera de la transfusión con un tirón seco. La bolsa roja colgaba vacía, y un charco oscuro se extendía bajo su cama, brillaba bajo la luz tenue de emergencia. Las enfermeras llegaron presurosas, la reconectaron, la regañaron con voz suave pero firme: «No haga eso, señora, se va a desangrar». Ella no contestó. Solo miró al techo con ojos vacíos.

Pasó dos veces más. La tercera, las enfermeras ya no volvieron a insistir. Una de ellas, la más joven, se quedó un rato mirándola desde la puerta, con los brazos cruzados. Luego apagó la luz principal, dejó solo la lámpara de noche y se fue. No

regresaron. Como si hubieran entendido algo que yo todavía no quería aceptar.

A las seis de la mañana, la señora de la limpieza entró con su carrito y soltó un grito ahogado. El charco de sangre ya se había secado en partes y formado costras oscuras en el piso. Llamó al doctor y a las enfermeras. Llegaron rápido. Revisaron signos vitales, movieron la cabeza con resignación. «Hora de defunción: 5:47 a.m.». Cubrieron el cuerpo con la sábana blanca. Se la llevaron en camilla, sin prisa, sin drama. Solo el ruido de las ruedas en el pasillo.

Yo me quedé con la mirada fija en la cama vacía, el charco seco, las manchas en el piso que la limpieza ya empezaba a fregar con desinfectante. Mi madre seguía dormida, ajena a todo. Y yo... yo no pude más.

Me salí al pasillo, me apoyé en la pared y le hablé. Esta vez no en susurros. Esta vez con la voz rota, casi en grito por dentro.

—¿Por qué? ¿Por qué ella decidió que ya no quería vivir? ¿Qué le dijiste tú que yo no escuché? ¿O es que no le dijiste nada? ¿La dejaste sola con el dolor hasta que prefirió vaciarse la sangre antes que seguir un minuto más?

El aire se puso denso otra vez, pero en esta ocasión sentí algo más: como si el peso del mundo entero estuviera sentado conmigo en ese pasillo frío.

—Le dije lo mismo que te digo a ti, aguanta —llegó la respuesta, lenta, casi agotada—. Un día más. Pero ella ya no podía. El dolor no era solo la pierna rota, Arturo. Era todo lo que había cargado antes: un marido que la dejó hace veinte años, hijos que no la visitan, nietos que ni conoce, una pensión que no alcanza ni para medicinas, soledad que se come el alma más rápido que cualquier cáncer. Cuando la fractura le abrió la pierna, fue como si el cuerpo dijera «ya basta». Y el alma contestó «sí, ya basta».

Me tapé la boca con la mano para no gritar.

—¿Y por qué no la detuviste? ¿Por qué no le mandaste una señal, un sueño bonito, una visita de alguien que la quisiera? ¿Por qué la dejaste arrancarse la manguera tres veces hasta que entendieron que no quería más?

—Porque la libertad, eso que llamamos «libre albedrío», incluye elegir cuándo decir «no más». No controlo los corazones que se cansan. No los obligo a seguir latiendo si ya no quieren. El amor no es cadena. Es invitación. Y ella rechazó la invitación.

Resoplé, con lágrimas quemándome los ojos.

—¿Invitación a qué? ¿A sufrir más? ¿A pasar más penas? ¿A ver cómo la vida te quita pedazos hasta que no queda nada? ¿Cómo quieres que alguien quiera vivir si solo venimos a esto? A pasar carencias, a ver a los que amamos desmoronarse, a perder trabajos, esposas, madres, hijas que se van porque no hay dinero, piernas que se rompen y no vuelven a caminar, noches en hospitales que huelen a sangre y derrota. ¿Para qué? Dime para qué carajos vale la pena seguir si al final todos terminamos como ella: solos, en una cama llena de sangre, decidiendo que ya fue suficiente.

Silencio largo. Tan largo que pensé que no iba a contestar.

Y entonces, casi como un susurro que dolía:

—No todos terminan así. Pero sí, muchos sí. Y no te voy a decir que el sufrimiento tiene un «propósito bonito» porque eso sería mentirte. El sufrimiento es real, crudo, injusto. Pero en medio de él hay algo que ella ya no vio: chispas. Pequeñas. Ridículas a veces. Un nieto que te abraza aunque no lo conozcas bien. Una risa en la madrugada con tu hijo contando. Un «te quiero» de una niña de seis años que todavía cree que su papá puede arreglarlo todo. Esas chispas no borran el dolor. Pero lo hacen soportable un rato más. Para algunos, un rato más es suficiente. Para otros...

no lo es. Y está bien que no lo sea. No los juzgo. No los condeno. Solo los recibo cuando llegan.

Me quedé callado, miraba el piso manchado que ya olía a cloro.

—¿Y mi mamá? ¿Va a llegar a ese punto también? ¿Va a decidir un día que ya no quiere más y se va a arrancar algo?

—No lo sé, Arturo. Ella todavía me pide un día más. Cada noche. Todavía quiere verte, aunque sea para verte sufrir con ella. Pero si llega el día en que diga «ya basta»... la recibiré. Sin reproches. Sin preguntas.

Me limpié la cara con la manga.

—No sé si puedo seguir creyendo en un Dios que permite que la gente se desangre sola en nombre de la «libertad» o del libre albedrío. No sé si quiero creer en eso.

—No tienes que creer. Puedes dudar. Puedes odiarme. Puedes irte. Pero mientras estés aquí, gritándome en un pasillo de hospital a las seis de la mañana... yo sigo escuchándote. Y sigo queriéndote, aunque no lo sientas.

Volví a la habitación. La cama de al lado ya estaba limpia, vacía, con sábanas nuevas. Mi madre abrió los ojos un segundo, me vio y sonrió débil.

—Buenos días, hijo... ¿dormiste algo?

Le tomé la mano.

—Poco, ma. Pero aquí estoy.

Y por ahora, eso fue suficiente.

Aunque en el fondo, la pregunta aún quemaba: ¿cómo carajos se quiere vivir, cuando solo parece que venimos a sufrir?

CAPÍTULO 10 HOY YA NO ME RECONOCIÓ

Hoy despertó diferente. No fue el despertar lento y doloroso de siempre, con esa media sonrisa que ponía cuando me veía entrar a la habitación. Hoy abrió los ojos y miró alrededor como si estuviera en un lugar extraño, como si la cama, el monitor, la ventana con cortinas amarillentas fueran cosas que veía por primera vez.

Me acerqué, le tomé la mano como cada mañana.

—Buenos días, ma. ¿Cómo amaneciste?

Me miró fijo. Sus ojos, esos ojos que me habían visto crecer, que se arrugaban de risa con mis tonterías a las tres de la mañana, ahora estaban vacíos de reconocimiento. Parpadeó lento.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz ronca, casi un susurro.

El mundo se me detuvo. Sentí como si alguien me hubiera arrancado el aire de golpe. Me quedé congelado, con su mano en la mía, sin saber qué hacer.

—Soy Arturo, ma. Tu hijo. ¿No me reconoces?

Frunció el ceño, confundida. Miró mi cara como si intentara recordar algo lejano, pero no llegaba.

—No... no te conozco. ¿Eres doctor? ¿Enfermero?

Me rompí. Ahí mismo, de pie al lado de su cama, empecé a llorar. No pude contenerme. Lágrimas gruesas, silenciosas al principio, luego sollozos que me sacudían el cuerpo entero. Me doblé sobre la barandilla de la cama, con la frente apoyada en el colchón, lloraba como no lo hacía desde niño.

Ella me miró. No con miedo, no con rechazo. Con lástima. Una lástima profunda, como la que ponía cuando veía a un perrito callejero o a un niño dormido en la calle.

—Ay, joven... ¿por qué llora tanto? —dijo, al tiempo que estiraba la mano temblorosa para tocarme el hombro—. ¿Algún familiar suyo está hospitalizado? ¿Se murió alguien?

Sus palabras me partieron más. Me limpié la cara con la manga, intenté respirar, pero el pecho me pesaba como si tuviera una piedra encima.

—No... no se murió nadie —mentí, con la voz quebrada—. Es que... perdí a alguien muy importante. Alguien que me crió, que me cuidó toda la vida. Y duele mucho.

Ella asintió despacio, como si entendiera.

—Ay, pobrecito. Eso duele feo. El amor de una madre no se reemplaza. ¿Verdad?

Asentí, sin poder hablar. Las lágrimas aún rodaban.

—Cuénteme —me pidió, con esa voz suave que usaba cuando yo era chico y llegaba llorando por algo—. Cuénteme por qué llora. A veces hablar ayuda.

Tuve que inventar. Tuve que mentirle a mi propia madre, la que nunca me mintió en nada importante. Me senté en la silla, me sequé la cara lo mejor que pude y empecé a hablar con voz temblorosa.

—Es... es mi mamá. Está muy enferma. Cáncer. Lleva meses luchando, pero hoy... hoy despertó y no me reconoció. Me miró como si yo fuera un extraño. Y duele tanto que no sé qué hacer. Siento que la pierdo día a día, y no puedo evitarlo.

Ella escuchó atenta, con los ojos vidriosos. Me tomó la mano otra vez.

—Pobrecito... pobrecito de ti. Eso es lo peor que le puede pasar a un hijo: que la mamá se vaya antes de irse del todo. Pero mire... aunque no lo reconozca con la cabeza, el corazón sí sabe. El corazón no olvida. Usted siga viniendo, siga hablándole, siga tomándole la mano. Aunque ella no sepa quién es usted hoy, mañana tal vez sí. O pasado. O nunca. Pero el amor llega igual. Llega aunque la mente no lo entienda.

Me quedé mirándola, con el nudo en la garganta tan grande que apenas podía tragar.

—¿Y si no vuelve a reconocerme nunca? —pregunté, casi en un susurro.

Ella suspiró, largo y cansada.

—Entonces usted la reconocerá por los dos. Usted será el que recuerde por ella. Las risas, las tortillas, las madrugadas carcajeándose... todo eso lo lleva usted ahora. Y cuando ella se vaya, se lo lleva con ella. Pero no se lo lleva todo. Algo se queda en usted. Siempre.

Lloré más. Esta vez no intenté esconderme. Ella me dejó llorar, acariciándome la mano con dedos débiles.

Cuando me calmé un poco, me limpié la cara y le sonreí lo mejor que pude.

—Gracias... por escucharme.

Ella sonrió también, esa sonrisa que todavía era suya, aunque la mirada estuviera perdida.

—No hay de qué, hijo. Para eso estamos aquí, ¿no? Para escuchar al que llora.

«Hijo». Me dijo «hijo» sin saber que lo era. Y eso me rompió y me recompuso al mismo tiempo.

Me quedé con ella un rato más, contándole historias inventadas sobre «mi mamá», mientras la verdadera me escuchaba sin saber que hablaba de ella. Y cuando se quedó dormida otra vez, salí al pasillo, me apoyé en la pared y le hablé a Él, porque ya no había nadie más.

—¿Ves esto? —le dije, con la voz hecha trizas—. Me miró como a un extraño. Mi mamá... mi mamá ya no sabe quién soy. ¿Por qué? ¿Por qué le permites que el cáncer le robe hasta los recuerdos? ¿Hasta el amor que me tenía? ¿Qué más quieres quitarme?

La respuesta llegó lenta, casi rota como yo.

—No quiero quitarte nada, Arturo. El cáncer no es mío. Es parte de este mundo roto que no controlo del todo. Pero lo que sí controlo es estar ahí. En cada lágrima que derramas frente a ella. En cada mentira piadosa que le dices para protegerla. En cada «hijo» que te dice sin saber por qué. Yo estoy en eso. Y cuando ella se vaya, el recuerdo no se va con ella. Se queda contigo. Y yo me quedo contigo también. Aunque duela. Aunque grites. Aunque ya no creas.

Me deslicé hasta el piso, sentado en el pasillo frío.

—No sé si creo todavía —susurré—. Pero sigo hablándote. Eso cuenta, ¿no?

Silencio. Luego, casi como un suspiro:

—Cuenta más de lo que imaginas.

Me levanté. Volví a la habitación. Me senté al lado de su cama, le tomé la mano y le dije bajito, aunque ya dormía:

—Soy Arturo, ma. Tu hijo. Y te quiero. Aunque no lo sepas hoy... te quiero.

Y por ahora, eso fue lo único que importó.

CAPÍTULO 11 DICE QUE VE DEMONIOS

Estaba sentado al lado de la cama de mi mamá, sosteniéndole la mano mientras ella dormitaba otra vez, con esa respiración lenta y entrecortada que ya se había vuelto el sonido de fondo de mi vida. Le hablaba bajito, contándole cualquier cosa para llenar el silencio: que Sofía había sacado diez en matemáticas, que el vecino había puesto música ranchera otra vez, que yo seguía tratando de vender tacos, aunque cada día fuera más difícil. Ella no respondía, pero a veces apretaba mis dedos como si algo de lo que decía le llegara.

De pronto, un grito desgarrador rompió el aire del pasillo. No era un grito de dolor físico. Era algo más profundo, aterrador.

—¡No! ¡Déjeme! ¡Los demonios! ¡Me quieren llevar! ¡No me toquen, carajo! ¡Ayúdenme!

El grito provenía de la habitación contigua, la que habían limpiado esa mañana, donde se desangró la señora de la fractura. Mi mamá se removió un poco, frunció el ceño en sueños, pero no despertó del todo. Yo sí. Me levanté de golpe, el corazón latíendome en la garganta, y salí al pasillo.

Ahí estaba el vigilante de turno, un hombre de unos cincuenta, con uniforme azul desteñido y cara de quien ha visto demasiado. Estaba parado frente a la puerta entreabierta de la habitación contigua, con los brazos cruzados, miraba hacia adentro sin entrar.

—¿Qué pasa oficial? —le pregunté, acercándome.

Él suspiró largo, como si le pesara contestar.

—Es el chamaco de la moto. Llegó ayer en la noche. Accidente feo. Iba sin casco, se estampó contra un poste. Se abrió la cabeza como sandía. Fractura abierta de cráneo, pedazos de

hueso y sesos de fuera. Los neurocirujanos lo operaron de emergencia, le salvaron la vida... pero el cerebro quedó tocado. Mucho. Hoy despertó gritando que los demonios lo atacan. Que lo quieren jalar al infierno. No reconoce a nadie. Ni a su mamá, que está ahí adentro hecha pedazos.

Miré hacia la puerta. Se oían sollozos ahogados, una voz de mujer que suplicaba «mijo, soy yo, soy tu mamá, cálmate», y los gritos del joven intercalados: «¡No! ¡Se meten por los ojos! ¡Quemen el cuarto!».

—¿Y... va a quedar así? —pregunté, con la voz temblorosa.

El vigilante se encogió de hombros, resignado.

—Los doctores dicen que sí. Daño irreversible en áreas frontales y temporales. Alucinaciones, delirio, agresividad. No va a volver a ser el mismo. Si es que alguna vez fue «normal» después de esto. Su familia está deshecha. La mamá no ha parado de llorar desde que llegó. El papá se fue a fumar un cigarro y no ha regresado. Los hermanos menores están asustados. Y él... grite y grite que los demonios. Así va a quedar de por vida, o lo que le quede de vida. Vegetativo o loco, pero no va a valerse por sí mismo nunca más.

Me quedé callado, miraba la puerta cerrada ahora. Los gritos seguían, más débiles, como si se agotara. O como si los sedaran.

Volví a la habitación de mi mamá. Me senté otra vez, pero ya no pude hablarle. Solo la miré dormir, y en mi cabeza explotó la pregunta que no me dejaba en paz.

Me salí al pasillo de nuevo, me apoyé en la pared fría y le hablé. Esta vez con voz baja, pero cargada desconcierto y dudas.

—Oye... ¿lo viste? Al chamaco ese. Grita que los demonios lo atacan, con el cerebro hecho pedazos por fuera y por dentro. Su mamá llora con mucha desesperación. Y los doctores dicen

que así va a quedar. De por vida. Dependiente, loco, aterrado. ¿No sería mejor que te lo lleves? ¿Que lo sueltes ya? ¿Para qué dejarlo así? ¿Para que su familia lo vea sufrir día a día? ¿Para que él viva atrapado en un infierno que no entiende? ¿No es más misericordioso acabarlo?

El aire se puso pesado, como siempre. Pero esta vez sentí algo más: un silencio que no era indiferente. Era como si escuchara con dolor.

—No decido yo cuándo termina una vida —llegó la respuesta, lenta, casi rota—. No soy yo quien aprieta el botón de «apagado». El corazón aún late porque el cuerpo trata de sobrevivir. Y mientras lata, hay esperanza. Recuerda que la esperanza es lo último que muere. Su madre tiene fe en que se curará y seguirá besándole la frente, aunque él grite demonios. Ahí entro yo. No para curarlo. No para devolverle el cerebro que perdió. Sino para estar ahí. En el grito. En la lágrima. En el «mijo» que nadie contesta.

Resoplé, amargo.

—¿Y eso sirve de algo? ¿Estar ahí mientras se pudre vivo? ¿Mientras su mamá se muere de pena cada día? ¿Mientras él ve demonios que no existen?

—No borra el horror. Nada lo borra. Pero evita que sea horror absoluto. Porque en medio del horror hay alguien que no lo abandona. Que no dice «ya estuvo, mejor muerto». Que sigue ahí, aunque duela. Y eso... eso es lo único que le queda a la familia. Saber que no lo dejaron solo.

Me tapé la cara con las manos.

—No entiendo. No entiendo por qué permites que un joven se estrelle sin casco y termine así. Que una madre tenga que ver a su hijo gritar locuras. Que mi mamá no me reconozca. Que Sofía crezca sin mamá porque el dinero se fue. ¿Para qué? ¿Para probar qué?

—No pruebo nada. Solo recibo. Recibo el grito del joven como recibo tus lágrimas. Recibo la pena de su mamá como recibo la tuya. Y cuando llegue el momento en que el cuerpo ya no pueda más... lo recibo a él entero. Sin juzgar. Sin preguntar por qué no se puso casco. Solo recibéndolo.

Silencio.

—Y tú... tú puedes elegir qué hacer con lo que ves. Puedes irte a casa y dejar de venir. Puedes odiarme más. O puedes volver a la habitación, tomar la mano de tu mamá, aunque no sepa quién eres, y seguir siendo el hijo que ella no recuerda pero que sigue ahí.

Volví a entrar. Mi mamá dormía. Me senté. Le tomé la mano.

Y aunque los gritos del joven seguían filtrándose por la pared, aunque el mundo se sentía más roto que nunca, apreté su mano y susurré:

—Aquí estoy, ma. Aunque no sepas quién soy... aquí estoy.

Porque si Él seguía recibiendo, yo también podía seguir estando.

Aunque doliera. Aunque no entendiera. Aunque pareciera inútil.

Un día más. Solo un día más.

CAPÍTULO 12 DICEN QUE DEBE MIL MUERTES

El pasillo del hospital se llenó de un ruido diferente esa tarde: botas pesadas, voces bajas y urgentes, el tintineo metálico de esposas y el gemido ahogado de un hombre herido. Lo trajeron en camilla, escoltado por al menos ocho policías armados hasta los dientes. Traía el torso envuelto en vendas improvisadas que ya estaban empapadas de sangre oscura, la cara pálida y sudorosa, los ojos entrecerrados por el dolor o por la morfina que le habían puesto en la ambulancia. Uno de los policías le hablaba al oído, no con odio, sino con esa frialdad profesional de quien sabe que el tipo puede morir antes de llegar al quirófano.

Me quedé parado en la puerta de la habitación de mi mamá, miraba la escena como si fuera una película que no entendía. El vigilante se acercó, con su cara de siempre, esa mezcla de cansancio y resignación.

—Es un sicario —me dijo en voz baja, como si contarle en voz alta lo delatara—. De un cártel grande. Dicen que tiene más de mil muertes en su cuenta. Lo hirieron en un enfrentamiento en las afueras, en la carretera a Pátzcuaro. Le dieron en el pecho y en el abdomen. Los policías lo trajeron vivo de milagro. Ahora está en cirugía, pero los doctores no dan mucho por él. Se debate entre la vida y la muerte.

Lo miré de forma fija.

—¿Mil muertes? ¿Y lo traen aquí, como a cualquiera?

El vigilante se encogió de hombros.

—Aquí todos somos cualquiera cuando sangramos. El hospital no pregunta antecedentes. Solo salva lo que pueda salvarse.

Volví a la habitación. Mi mamá dormía, ajena al revuelo. Me senté y cerré los ojos, pero la imagen del hombre esposado a la camilla no se iba. Mil muertes. Familias destrozadas. Madres como la mía, que lloran por hijos que nunca volvieron. Y ahora él, ahí, luchando por un último aliento.

No pude contenerme. Salí otra vez al pasillo, me apoyé en la pared y le hablé, con la voz baja pero firme.

—¿Y ahora qué? ¿Qué pasa si se muere? ¿Un tipo con mil muertes en la conciencia entra al reino de Dios? ¿O se va directo al infierno que se merece? Porque si es lo segundo, al menos hay justicia en algún lado. Si es lo primero... no entiendo nada.

El aire se espesó, como siempre. Pero esta vez la respuesta llegó clara, sin rodeos, casi inmediata.

—Sí entra. Si se arrepiente de verdad, entra.

Me quedé helado.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? ¿Le abres las puertas del cielo a alguien que mató a mil personas? ¿A familias enteras? ¿A niños? ¿A inocentes? ¿Después de todo el daño que hizo, solo porque dice «perdón» en el último segundo?

Silencio breve. Luego, suave pero firme:

—Si se arrepiente, sí. Porque el arrepentimiento no borra el daño. No devuelve a los muertos. No consuela a las viudas ni a los huérfanos. Pero abre la puerta a la misericordia. Y la misericordia no es justicia. Es algo más grande.

Resoplé, con rabia.

—¿Por qué? Dame un motivo válido. Uno que no suene a consuelo barato. ¿Por qué un asesino arrepentido entra y un hombre bueno que dudó toda su vida se queda afuera?

La respuesta llegó como un golpe suave en el pecho:

—Si tu hijo asesinara... si matara a alguien, a muchos... y estuviera arrepentido de verdad, con el alma rota por lo que hizo... ¿dejaría de ser tu hijo?

Me quedé callado. La pregunta me atravesó.

—No... por supuesto que no —contesté, casi sin voz.

—¿Dejarías de quererlo?

—Claro que no.

—¿No lo dejarías entrar a tu casa?

Tragué saliva. Las lágrimas me picaban.

—No. Porque es mi hijo. Lo abrazaría aunque doliera. Lo dejaría entrar. Aunque el mundo lo odiara, aunque tuviera sangre en las manos... es mi hijo.

Silencio. Y entonces, casi como un susurro:

—Ya me entendiste.

Me tapé la boca con la mano. Las lágrimas cayeron sin permiso.

—Él es mi hijo, Arturo. Aunque haya hecho el mal más grande que un hombre puede hacer. Aunque haya roto vidas que nunca se recompondrán. Si en su último aliento se arrepiente, si reconoce el horror que causó y pide perdón con el corazón hecho trizas... lo dejaré entrar a mi casa. Porque es mi hijo. Y el amor de padre no se acaba porque el hijo se volvió un monstruo. Duele más, pero no se acaba.

Me deslicé hasta el piso, sentado en el pasillo, con la espalda contra la pared fría.

—¿Y los que mató? ¿Y su dolor? ¿Eso no cuenta?

—Cuenta. Cuenta todo. El dolor de las víctimas no se borra. La justicia humana seguirá su curso, y la mía también. Pero mi misericordia no es proporcional al daño. Es desproporcionada. Es infinita. Porque si fuera proporcional, nadie entraría. Ni tú. Ni yo. Todos hemos roto algo. Todos hemos herido. La diferencia es que algunos se arrepienten y otros no.

Me quedé mirando el suelo manchado de desinfectante.

—No sé si puedo aceptar eso. No sé si quiero un cielo donde entre un sicario arrepentido y mi mamá tenga que verlo desde lejos.

—No tienes que aceptarlo ahora. Puedes enojarte. Puedes cuestionarlo. Puedes odiar la idea. Pero mientras lo hagas conmigo... empezarás a comprender todo. No te dejaré solo en tu lucha, cuentas conmigo.

Volví a la habitación. Mi mamá seguía dormida. Le tomé la mano, fría pero viva.

Y pensé en el sicario en quirófano, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Pensé en sus mil muertes.

Pensé en mi mamá que ya no me reconocía.

Pensé en Sofía que me esperaba en casa.

Y por primera vez, no le reclamé nada más.

Solo susurré:

—Haz lo que tengas que hacer. Con él. Con ella. Conmigo.

Porque si hasta un sicario arrepentido podía entrar a casa... tal vez yo también cabía.

Aunque doliera. Aunque no entendiera.

Aunque el mundo siguiera rompiéndose a pedazos a mi alrededor.

CAPÍTULO 13 EL CÁNCER LA ESTÁ ACABANDO

Los días se volvieron más grises, más pesados, como si el hospital mismo respirara con dificultad. Mi mamá ya no solo dormía mucho; ahora se veía más pequeña cada vez que entraba a la habitación. La bata le colgaba como si fuera de alguien más grande, los brazos se le habían convertido en palitos huesudos, las mejillas se le hundían tanto que los pómulos se marcaban como cuchillos bajo la piel amarillenta. Pesaba menos de sesenta kilos, según la última báscula que la enfermera usó con cuidado, como si temiera romperla.

Al principio pensé que era la quimio residual, o la morfina que le quitaba el hambre. Pero no. Comía cada vez menos. Le ponía el plato de papilla delante —sopa de verduras licuada, yogur sin azúcar, un poco de puré de manzana— y ella lo miraba con indiferencia, como si fuera algo ajeno a ella.

—¿No tienes hambre, ma? —le preguntaba, intentaba sonar despreocupado.

Ella negaba con la cabeza despacio, con esa mirada perdida que ya era casi permanente.

—No... no me dan ganas. Me sabe a nada. O a metal.

Le insistía, le ponía la cuchara en la boca como si fuera una niña pequeña. A veces tragaba un poco, por complacerme. Otras veces solo cerraba los labios y giraba la cara. El cuerpo rechazaba todo. No era capricho. Era algo más profundo, como si el cáncer hubiera saboteado el sistema entero: el apetito desaparecido, el metabolismo acelerado en modo autodestrucción, la masa muscular evaporándose, aunque estuviera inmóvil en la cama.

La doctora lo confirmó una mañana, con esa voz neutra que usan cuando ya no hay nada que maquillar:

—Es caquexia tumoral. Es un síndrome metabólico complejo. El tumor libera sustancias que alteran el metabolismo, provocan inflamación sistémica, aumentan el gasto energético basal. El cuerpo empieza a comerse a sí mismo: músculo, grasa, todo. Está en una etapa avanzada... es irreversible en la mayoría de los casos.

Irreversible. La palabra se me quedó clavada como un clavo.

Esa tarde, después de que Sofía se fuera con la persona que la cuidaría, porque no quiero que vea a su abuelita tan flaca, me quedé solo con ella. Dormía, o al menos parecía dormir. Le tomé la mano —tan delgada que mis dedos la cubrían entera— y sentí el pánico subir como bilis.

Salí al pasillo, me senté en el suelo con la espalda contra la pared y cerré los ojos.

—¿Otra vez tú? —le dije, sin ganas de disimular el agotamiento—. ¿Por qué esto? ¿Por qué no solo el cáncer? ¿Por qué ahora tiene que comerse a sí misma desde adentro? La veo desaparecer delante de mis ojos. Cada día más hueso, menos carne, menos ella. No come, no quiere comer, y aunque le metiera comida por sonda... el cuerpo no la aprovecha. Se está muriendo de hambre en una cama de hospital, rodeada de bandejas que nadie toca. ¿Esto es parte del «libre albedrío»? ¿Parte de la libertad? ¿O solo crueldad gratuita?

El silencio fue largo, pero no vacío. Cuando llegó, fue como un susurro pesado, cargado de algo que parecía tristeza infinita.

—No es crueldad, Arturo. Es la enfermedad en su forma más brutal. El cáncer no solo invade órganos; invade el ser entero. La caquexia es su última arma: roba el apetito, acelera el fuego interno hasta que quema todo lo que queda. No lo permito porque quiera verla sufrir. Lo permito porque este mundo roto funciona así: células que se rebelan, metabolismos que se desquician, cuerpos que se traicionan.

Me tapé la cara con las manos.

—¿Y no puedes hacer nada? ¿Ni un milagro chiquito? ¿Que vuelva a tener hambre, aunque sea de un taco de canasta? ¿Que sienta gusto por algo, aunque sea por un sorbo de café de olla como los de antes?

—No siempre intervengo con milagros visibles. A veces intervengo en lo invisible: en la paz que le doy cuando duerme, en el amor que siente, aunque no lo exprese, en el hijo que sigue viniendo, aunque duela verla así. La caquexia la consume, sí. Pero no la define del todo. Todavía es tu mamá. Todavía hay chispas de ella en cada apretón débil de mano, en cada «hijo» que se le escapa cuando te reconoce un segundo.

Resoplé, con lágrimas calientes rodándome por las mejillas.

—Se está yendo, ¿verdad? No por el tumor en el colon o en el hígado. Se está yendo porque su cuerpo ya no quiere sostenerla. Porque el hambre desapareció y no vuelve. ¿Cuánto más? ¿Semanas? ¿Días?

—No cuento el tiempo como tú. Solo cuento los momentos. Y en cada momento que sigues ahí, que le hablas, aunque no responda, que le limpias la frente con un paño húmedo, que le cuentas la historia de las tortillas, aunque ya la haya oído mil veces... en cada uno de esos momentos, ella sigue viva. Sigue siendo amada. Y eso no se lo quita la caquexia.

Me levanté. Volví a la habitación. Ella estaba despierta, miraba el techo con ojos opacos.

Me senté y le tomé la mano.

—Ma... ¿quieres que te cuente algo?

Me miró, confundida, pero asintió apenas.

Le conté la historia de nuevo: el gato en la tortillería, mi amigo Toño bajándome los pantalones, las risas de la fila entera.

Exageré las voces, hice gestos aunque ella apenas podía sonreír. Y por un segundo —solo un segundo— vi un brillo en sus ojos. No sé si me reconoció. No sé si entendió la historia. Pero sonrió. Débil. Casi imperceptible.

Y eso fue suficiente para esa tarde.

Aunque supiera que la caquexia seguía royendo por dentro.

Aunque supiera que el final estaba más cerca que nunca.

Me quedé ahí, sosteniéndole la mano, hasta que se durmió otra vez.

Y en silencio, le dije a Él:

—Gracias por ese segundo. Aunque sea lo último que me des... gracias.

Porque incluso en la pérdida de peso y apetito inexplicable, incluso cuando el cuerpo se come a sí mismo, todavía había un segundo de sonrisa.

Y por ahora, eso era todo lo que necesitaba para seguir un día más.

CAPÍTULO 14 TUVE QUE SACAR A MI MAMÁ

La doctora me llamó al pasillo esa mañana, con esa cara de quien ya ha dado malas noticias demasiadas veces. Se sentó en una banca junto a mí, habló bajo para que nadie más oyera.

—Arturo, lo siento mucho. El IMSS ya no cubre más días de hospitalización. El seguro de tu mamá se agotó con el diagnóstico inicial y los tratamientos previos. Y como tu trabajo actual de velador nocturno no genera cotizaciones al Seguro Social... no hay forma de extender la cobertura. Tendríamos que darla de alta hoy o mañana a más tardar. Podemos darte una receta para cuidados paliativos básicos, pero los medicamentos fuertes, la morfina continua, los sueros... eso ya no lo podemos surtir aquí.

Me quedé mirando el piso. No lloré. No grité. Solo sentí como si el suelo se abriera un poco más debajo de mí.

—¿Y si no pago? ¿Si la deajo aquí?

—Nos obligan a darla de alta. No es por capricho. Es política del hospital. Lo siento.

Volví a la habitación. Mi mamá dormía, más huesuda que nunca, con la piel tan fina que se veían las venas azules como ríos secos. Le tomé la mano y susurré:

—Ma... nos vamos a casa. Vas a estar en tu cama, con tu cobija de siempre. Voy a cuidarte yo.

No respondió. Solo respiró.

Con muchos sacrificios lo logré. Vendí el celular viejo que tenía de repuesto, pedí prestado a un primo que casi no me habla, junté lo que quedaba de la quincena del estacionamiento. Pagué la cuenta pendiente del hospital —un monto que me dejó en

números rojos—, firmé los papeles de alta voluntaria y la saqué en silla de ruedas. Un taxista amigo me ayudó a subirla al asiento trasero. El trayecto a casa fue silencioso. Ella miraba por la ventana como si viera la ciudad por primera vez.

Llegamos al departamento. Sofía estaba en la escuela todavía. La acosté en la cama grande de mi habitación —a esa no se le salen los resortes—, le puse su almohada favorita, la cobija que olía a ella de antes. Le cambié la sonda de Foley con las manos temblorosas (había aprendido a hacerlo en el hospital viendo a las enfermeras), le puse un pañal para adultos porque ya no controlaba nada. Le di agua con cucharita porque no podía tragar bien. Y esperé.

Cuando Sofía llegó de la escuela, abrió la puerta y se quedó parada en el umbral.

—¿Abuelita?

Entró despacio. Vio el cuerpo frágil en la cama, la piel amarilla, los brazos como ramas secas, la mirada perdida. Se acercó, le tocó la mano.

—Abuelita... ¿estás enferma?

Mi mamá la miró un segundo, sonrió apenas.

—Hola, mi princesa... ¿vienes a jugar?

Sofía me miró a mí, con los ojos llenos de miedo.

—Papi... ¿por qué está así?

Tuve que tragarme el nudo.

—Está muy cansadita, mi amor. El doctor dijo que ya no podía quedarse en el hospital. Pero aquí la vamos a cuidar nosotros. Tú y yo.

Sofía se subió a la cama con cuidado, se acurrucó al lado de ella y empezó a contarle acerca de un dibujo que había hecho

en la escuela. Mi mamá escuchaba, o fingía escuchar. A veces asentía. A veces solo cerraba los ojos.

Ahora todo se complicaba al máximo.

No tenía acceso a medicamentos del IMSS. La morfina que necesitaba para el dolor costaba una fortuna en farmacias particulares. Compraba lo mínimo: gotas de tramadol cuando podía, paracetamol en dosis altas cuando no. El suero lo preparaba yo mismo con bolsas que compraba en el mercado, esterilizaba lo que podía. La alimentación era papilla casera que le daba con jeringa porque ya no tragaba sólido.

Mi rutina era un infierno:

4:00 a.m.: Despertar. Preparar a Sofía para la escuela (uniforme, lonche, tarea).

5:00 a.m.: Ir al mercado de abastos. Comprar tortillas, chicharrón, papa, lo más barato posible. Preparar los tacos en la cocina mientras mi mamá dormía.

6:00 a.m.: Salir a vender afuera de la maquiladora. Gritar «¡tacos calentitos!» con la voz rota. Regresar con lo justo para comprar lo del día siguiente.

2:00 p.m.: Recoger a Sofía de la escuela. Hacerle la tarea, darle de comer.

4:00 p.m.: Cambiar a mi mamá, limpiarla, darle medicamento, hablarle, aunque no responda.

6:00 p.m.: Preparar cena para Sofía y papilla para mamá.

9:00 p.m.: Salir al trabajo de velador. Luchando contra el sueño, pensando en si mi mamá había tenido un ataque de dolor mientras yo no estaba.

No dormía más de tres horas seguidas. El cuerpo me dolía todo el tiempo. Las ojeras me llegaban hasta las mejillas. Sofía

me preguntaba «¿por qué estás tan cansado, papi?», y yo le decía «porque te quiero mucho y cuido a la abuelita».

Una madrugada, después de un turno eterno, llegué a casa y encontré a mi mamá despierta, miraba el techo. Me senté al lado de la cama, exhausto.

—Ma... ¿duele?

Negó despacio.

—No mucho... solo estoy cansada. Muy cansada.

Le tomé la mano.

—Yo también, ma. Yo también estoy muy cansado.

Silencio.

Y entonces le hablé a Él, en voz baja, con Sofía aún dormida en el cuarto de al lado y mi mamá que apenas respiraba.

—¿Ves esto? La saqué del hospital porque no había más dinero. Ahora la cuido yo, con lo que no tengo. Sin morfina suficiente, sin suero del bueno, sin nada. Sofía la ve así y se asusta, pero no dice nada porque es niña buena. Yo me parto en cuatro: tacos, velador, hija, mamá. Y no alcanza. No alcanza para nada. ¿Esto es lo que queda? ¿Verla apagarse en casa porque el seguro se acabó y yo soy un velador sin prestaciones?

La respuesta llegó lenta, casi como un suspiro compartido.

—No es justo, Arturo. Nada de esto lo es. El sistema falla, el cuerpo falla, el dinero falla. Pero tú no fallas. Estás ahí. En cada cambio de pañal, en cada cucharada que le das, en cada cuento que le narras a Sofía para que no llore. Sostienes tres vidas con tus manos temblorosas. Eso no se paga con seguro social. Se paga con amor. Y aunque se te acabe el cuerpo, el amor no se acaba.

Resoplé, con lágrimas silenciosas.

—¿Y cuando me quede sin fuerzas? ¿Cuándo no pueda más?

—Entonces yo te sostengo a ti. Como tú la sostienes a ella. Un respiro a la vez. Una noche a la vez.

Me quedé callado. Le besé la frente a mi mamá. Estaba fría.

—Gracias por no dejarme solo —le susurré a Ella, o a Él, o a quien me escuchara.

Porque, aunque todo se complicara hasta el límite, aunque no hubiera medicamentos ni dinero ni sueño... seguía estando ahí.

Y por ahora, eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 15 ACABA DE MORIR

La agonía llegó sin aviso, como una sombra que se alarga al atardecer hasta cubrirlo todo. Esa noche, alrededor de las dos de la mañana, su respiración cambió. Ya no era lenta y trabajosa; se volvió superficial, irregular, con pausas largas que me hacían contener el aliento y esperar el siguiente jadeo. El pecho subía apenas, como si cada inhalación costara una batalla que ya no quería pelear.

Me senté al borde de la cama, le tomé la mano helada. Sofía dormía en el sofá de la sala, envuelta en una cobija, agotada después de un día entero de preguntas que no sabía cómo responder. El departamento estaba en silencio, salvo por el zumbido del refrigerador viejo y el reloj de pared que marcaba los segundos como martillazos.

La miré. Su cara era solo huesos cubiertos de piel amarilla y fina como papel de arroz. Los ojos entreabiertos, sin foco, miraban a un lugar que yo no podía ver. A veces murmuraba algo ininteligible, un nombre quizás, o solo un suspiro que se perdía en el aire.

Me quebré.

Me arrodillé al lado de la cama, con la frente apoyada en el colchón, y hablé en voz alta, sin importarme si alguien me oía o si sonaba loco.

—Dios... te necesito. Te necesito ahora. No tengo a quién recurrir. No tengo dinero para más morfina, no tengo fuerzas para seguir, no tengo respuestas para Sofía cuando despierte y vea que su abuelita ya no respira. Mi mamá se está yendo y yo estoy aquí solo, con las manos vacías. Ayúdame. Dime qué debo hacer. Por favor. No me dejes solo en esto.

El silencio fue tan profundo que pensé que esta vez sí me había abandonado. Pero entonces llegó, no como voz externa, sino como algo que se asentó en mi pecho, cálido y pesado al mismo tiempo.

—Estoy aquí, Arturo. Nunca me fui. Estoy en cada latido débil que aún le queda. Estoy en tu mano que la sostiene. Estoy en el llanto que te tragas para no despertar a Sofía. Estoy en el amor que sigues dándole, aunque ya no te reconozca.

Lloré. Sollozos mudos que me sacudían los hombros.

—¿Qué hago? Dime qué hago. ¿La despierto para que me diga adiós, aunque no sepa quién soy? ¿Le hablo, aunque no entienda? ¿Solo me quedo aquí mirándola apagarse? No sé cómo despedirme. No sé cómo seguir después.

La respuesta llegó suave, casi como un abrazo invisible alrededor de mis hombros.

—Quédate. Solo quédate. No tienes que hacer nada grandioso. No tienes que arreglarlo todo. Solo quédate a su lado. Háblale, aunque no responda. Dile lo que nunca le dijiste o lo que le dijiste mil veces. Cuéntale de las tortillas, de las risas a las tres de la mañana, de cómo la quieres, aunque el mundo se haya puesto patas arriba. Dile que Sofía está bien, que la vas a cuidar por los dos. Dile que está bien irse cuando ya no pueda más. Que no la vas a juzgar. Que la vas a extrañar todos los días, pero que vas a seguir viviendo por ella.

Tragué saliva, con la garganta destrozada.

—¿Y si se va y me quedo vacío? ¿Y si después no puedo levantarme? ¿Y si Sofía me pregunta por qué se fue la abuelita y no tengo palabras?

—Entonces llora con ella. Abrázala. Dile la verdad a medias: que la abuelita se fue a un lugar donde ya no duele, donde puede descansar. Que te duele mucho, pero que el amor

no se va con ella. Que sigue aquí, en los cuentos que le contabas, en las canciones que le ponías, en la forma en que la mirabas. Y cuando no tengas fuerzas, acuérdate: yo te sostengo. No con milagros de película. Con la fuerza chiquita, minuto a minuto, para que sigas respirando. Para que sigas siendo papá. Para que sigas siendo hijo aunque ella ya no pueda verte como tal.

Me limpié la cara con la manga. Volví a tomar su mano.

—Ma... soy Arturo. Tu hijo. Te quiero mucho. Gracias por todo. Gracias por las risas, por las regañadas, por aguantarme cuando era un desastre. Si tienes que irte... está bien. Descansa. Yo cuido a Sofía. Yo sigo contándole historias. No te preocupes por nosotros. Solo... si puedes, espérame allá. Algún día.

Su respiración se hizo más lenta. Una pausa larga. Otra. Y luego... nada...

Me quedé quieto, a la espera del siguiente aliento que no llegó.

La besé en la frente. Estaba fría.

Lloré en silencio, con la cabeza apoyada en su pecho que ya no subía.

Y en medio del dolor que me partía en dos, sentí algo extraño: no estaba solo.

No estaba solo.

Porque, aunque ella se había ido, el amor no se fue con ella. Se quedó en mí. En Sofía. En las madrugadas que aún recordaríamos. En las historias que seguiría contando.

Y en esa quietud absoluta de la habitación, le susurré una última vez:

—Gracias, Dios. Por estar aquí. Aunque no entendiera nada. Gracias por no soltarme.

Me levanté despacio. Fui a la sala. Desperté a Sofía con cuidado.

—Mi amor... la abuelita se fue a descansar. Ven, abrázame.

Y nos quedamos los dos abrazados en la oscuridad, lloraba bajito, mientras el amanecer empezaba a filtrarse por la ventana.

Un día más. Pero ahora, sin ella.

Y sin embargo... seguíamos respirando.

CAPÍTULO 16 NO TENGO NI PARA EL ATAÚD

El amanecer llegó gris y frío, como si el cielo mismo estuviera de luto. Mi mamá ya no estaba. Su cuerpo seguía en la cama, pero ella no. Solo quedaba esa cáscara frágil, quieta, con la boca entreabierta y los ojos cerrados que yo mismo había cerrado con dedos temblorosos. Sofía se había quedado dormida en el sofá después de llorar hasta quedarse sin voz, abrazada a mí como si yo fuera lo único que quedaba en el mundo.

No tenía dinero. Ni para un ataúd decente, ni para el nicho, ni para el trámite del panteón. La cuenta del hospital me había dejado en ceros. El trabajo de velador apenas alcanzaba para la renta y la comida. Los tacos de canasta ya no daban ni para las tortillas del día siguiente. Y ahora esto.

Me levanté. Lavé la cara con agua fría para despertarme del todo. Besé la frente helada de mi mamá, le acomodé la cobija como si todavía pudiera sentir frío, y salí. Sofía seguía dormida; no quería que viera lo que iba a hacer.

Caminé por las calles de la ciudad todavía dormidas. Primero fui al panteón municipal, el civil, el que no pide bautismo ni misa. El de los que no tienen para el camposanto bonito. El guardia de la entrada me miró con esa cara de quien ve esto todos los días.

—Buenos días. Vengo por un espacio para mi mamá. Acaba de fallecer anoche. No tengo mucho dinero... ¿cuánto cuesta lo más barato?

El hombre suspiró, abrió un cuaderno viejo.

—Nichos temporales: tres mil quinientos pesos por un año. Luego hay que renovar o se exhuman. Ataúd lo traen ustedes. Si

no hay ataúd, hay fosa común, pero eso es para indigentes. ¿Trae acta de defunción?

—No todavía. Aún no me entregan el cuerpo. Solo quiero saber si me la reciben.

—Mientras pagues el nicho y traigas el cuerpo en condiciones, sí. Pero el ataúd es obligatorio. No podemos enterrar sin caja. Si no tienes, la gente a veces junta con vecinos o pide en la iglesia.

Asentí. No dije nada más. Me fui con el nudo en la garganta más grande que nunca.

De regreso, pasé por la tiendita de la esquina. La señora Lupe, que siempre me fiaba la leche cuando no alcanzaba, me vio la cara y no preguntó. Solo dijo:

—Arturo... ¿ya? ¿Tu mamá?

Asentí.

—Ay, Diosito. Espérame aquí.

Entró a su casa y salió con una bolsa de plástico. Adentro: doscientos pesos en billetes arrugados y monedas.

—No es mucho, pero para el principio. Voy a hablar con los vecinos. Todos la querían a tu mamá. La que ponía música en la azotea los domingos, la que regalaba tamales en Navidad. Vamos a juntar lo que se pueda.

No pude hablar. Solo asentí y seguí caminando.

Cuando llegué al edificio, ya había movimiento. Doña Rosa del segundo piso estaba en la puerta con una charola de café y pan. El señor Ramírez del tercero hablaba por teléfono con alguien de la colonia. Un grupo de chavos que jugaban futbol en la calle se habían parado a preguntar.

—Oye, Arturo, ¿es cierto lo de tu mamá? —me dijo uno.

—Sí. Anoche.

—Que mala noticia. Ahorita mismo vamos a pasar la voz. Yo pongo cincuenta. Mi mamá también.

En menos de dos horas, la colecta había empezado. Sobres con billetes y monedas llegaban a mi puerta. Doña Lupe organizaba todo: «Esto para el ataúd más sencillo, esto para el nicho, esto para el tráiler fúnebre». Alguien trajo una corona de flores baratas pero bonitas, de las que venden en el mercado. Otro vecino ofreció su camioneta para llevar el cuerpo si hacía falta.

Yo estaba en shock. No sabía cómo agradecer. Solo repetía «gracias, gracias» con la voz quebrada.

Por la tarde, ya tenían el ataúd: uno sencillo, de madera prensada, forrado en tela blanca. Costó cuatro mil quinientos. Lo juntaron entre todos. El nicho lo pagaron a plazos: mil quinientos de contado y el resto en dos meses. Yo firmé lo que pude con lo que quedaba de mi sueldo.

Fui al hospital por el acta de defunción. Me dieron el certificado médico de defunción y me dijeron que el cuerpo podía salir en cualquier momento. Lo llevaron a una agencia fúnebre económica que aceptó el ataúd de los vecinos. No hubo velorio largo. Solo unas horas en la sala de la casa, con la puerta abierta para que entrara quien quisiera.

Sofía se sentó al lado del ataúd, con su osito en las manos, mirando la foto de su abuelita joven que puse arriba.

—Papi... ¿la abuelita ya no duele?

—No, mi amor. Ya no duele. Está en paz.

Esa noche, antes de cerrar el ataúd, me quedé solo con ella un rato. Le besé la frente por última vez.

—Ma... gracias por todo. Gracias por aguantarme. Gracias por las risas. Gracias por enseñarme a no rendirme, aunque duela. Voy a cuidar a Sofía como tú me cuidaste a mí. Te prometo.

Cerraron la tapa. Lloré en silencio.

Al día siguiente, el panteón civil. Un nicho en la pared, fila 12, sección C. No había lápida todavía —eso vendría después, cuando pudiera—, solo una placa temporal con su nombre: María Campos Ramírez. Los vecinos vinieron. Algunos lloraron. Otros solo se persignaron y se fueron callados.

Cuando bajaron el ataúd al nicho y pusieron la tapa de cemento, sentí que algo se rompía dentro de mí para siempre. Pero también algo se quedaba: el amor de esa gente que no tenía mucho, pero dio lo que pudo.

De regreso a casa, con Sofía tomada de la mano, le hablé en silencio a Él.

—Gracias. Por los vecinos. Por la colecta. Por no dejarme enterrarla en fosa común. Gracias por recordarme que, aunque todo se derrumbe, siempre hay alguien que tiende la mano.

No hubo respuesta audible. Solo el viento que movía las hojas de los árboles del panteón, y la mano pequeña de Sofía al apretarme la mía. Llegamos a casa. Vacía sin ella. Pero no solos.

Porque el amor de mi mamá no se había ido con su cuerpo.

Seguía aquí, en cada vecino que ayudó, en cada lágrima compartida, en cada historia que le contaría a Sofía para que no la olvidara.

Y por ahora, eso era suficiente para seguir respirando.

Un día más. Sin ella, pero con ella. Siempre con ella.

CAPÍTULO 17 QUISE QUITARME LA VIDA

Esa noche, después del entierro, el departamento se quedó en un silencio que dolía más que cualquier grito. Los vecinos se habían ido uno a uno, dándome palmadas en la espalda y ofreciendo «cualquier cosa que necesites, Arturo». La corona de flores baratas seguía en la mesa, marchitándose ya. Sofía se había dormido agotada de tanto llorar, abrazada a la cobija que todavía olía un poco a mi mamá. Yo me senté en el piso de la cocina, con la espalda contra los gabinetes fríos, y por primera vez en meses... no hablé. Solo miré el vacío.

Todo se me vino encima de golpe.

La presión. La depresión. El peso de todo lo que había cargado y ya no tenía que cargar... pero que ahora pesaba más sin ella. Sin trabajo. Sin dinero. Con una hija de seis años que me miraba como si yo tuviera todas las respuestas. Con deudas que seguían llegando. Con el recuerdo de su cuerpo huesudo en la cama, apagándose poco a poco mientras yo fingía que todo iba a estar bien.

Y entonces llegó el pensamiento. Claro. Frío. Casi dulce.

«La salida fácil».

Podría terminar con esto de una vez. Un frasco de pastillas del botiquín que sobró de su tratamiento. O saltar desde la azotea del edificio. O solo no despertarme más. Nadie me culparía. Había aguantado demasiado. Sofía... Sofía era chiquita, se olvidaría con el tiempo. O la cuñada se haría cargo. Yo ya no tenía fuerzas. El dolor era demasiado grande, demasiado constante. ¿Para qué seguir respirando si cada respiración dolía?

Me levanté tambaleándome, abrí el cajón donde guardaba las medicinas que no se usaron. Miré las pastillas. Las conté.

Suficientes. Las manos me temblaban. El corazón me latía tan fuerte que parecía que iba a salirse.

Y entonces hablé. No en voz alta al principio. En un susurro roto, casi un ruego desesperado.

—Dios... ya no puedo. Te necesito. Te necesito de verdad ahora. No tengo a nadie más. Mi mamá se fue. Me dejó aquí solo con todo este desastre. La presión me aplasta, la depresión me come vivo. Ya no quiero seguir. Pienso en la salida fácil... en terminar de una vez por todas con este dolor y este sufrimiento. Sería tan simple. Tan rápido. ¿Por qué no? Dime por qué carajos no debo hacerlo. Dime algo que me detenga, porque ahora mismo... no veo nada que valga la pena.

El silencio fue eterno. Tan profundo que pensé que esta vez sí me había dejado solo de verdad.

Pero entonces llegó. No como voz de trueno. No como consuelo bonito. Llegó como un peso cálido en el pecho, como si alguien se hubiera sentado a mi lado en el piso frío de la cocina.

—Estoy aquí, Arturo. Y te escucho. Escucho el dolor que te ahoga. Escucho la idea que te ronda la cabeza como una promesa falsa. Y no te voy a regañar. No te voy a decir "no lo hagas porque es pecado». Solo te voy a preguntar una cosa... y quiero que me contestes con la verdad que te rompe por dentro.

Me quedé callado, con las pastillas todavía en la mano.

—¿Qué pasaría con Sofía si tú también te vas esta noche?

El golpe fue directo al alma.

—Ella... ella ya perdió a su abuelita hoy —seguí yo, con la voz quebrada—. Si yo también... se quedaría sola. Completamente sola.

—Exacto. Y no es solo «sola». Sería la niña que perdió a su papá porque el dolor fue más grande que el amor que sentía

por ella. Sería la niña que crecería preguntándose toda la vida si no fue suficiente para que te quedaras. Tú conoces ese vacío, Arturo. Tú lo viviste cuando tu papá se fue. ¿Quieres que ella lo viva también?

Lloré. Lágrimas que me salían del fondo del estómago, sollozos que me doblaban.

—No... claro que no. Pero duele tanto... duele tanto que no sé cómo seguir.

—Lo sé. El dolor es real. La depresión es real. La presión de ser papá, hijo, proveedor y ahora viudo de tu propia madre... es demasiado para un solo hombre. Pero no estás solo. Yo estoy aquí. Y Sofía está en la sala, respira tranquila porque cree que su papá es fuerte. Aunque no lo seas. Aunque estés roto. Ella te necesita entero... aunque sea roto.

Dejé caer las pastillas al piso. Se regaron como confeti.

—¿Y cómo sigo? —pregunté, casi en suplica—. Mañana tengo que levantarme, preparar tacos, ir a conseguir trabajo, explicarle a Sofía por qué la abuelita ya no va a volver a contarle cuentos... ¿Cómo carajos hago eso sin ella?

—Un respiro a la vez. Un día a la vez. Mañana despiertas. Le preparas el desayuno a Sofía, aunque te tiemblen las manos. La abrazas, aunque sientas que te vas a romper. Vendes los tacos, aunque vendas solo diez. Vas a conseguir trabajo de lo que sea. Y cuando sientas que la salida fácil vuelve a llamarte... me hablas otra vez. Como ahora. Sin vergüenza. Con rabia. Con lágrimas. Yo no te voy a soltar. Nunca lo hice. Ni cuando gritabas en el hospital. Ni cuando vendías tacos bajo el sol. Ni ahora que el dolor es más grande que nunca.

Me quedé ahí, en el piso, rodeado de pastillas, lloré hasta que no me quedaron lágrimas.

Y por esta ocasión en esa noche oscura, sentí algo pequeño. No esperanza. Todavía no. Solo... una mano invisible en mi hombro. Un recordatorio de que Sofía estaba a unos metros, viva, respiraba, necesitaba a su papá.

Me levanté. Recogí las pastillas una por una. Las tiré al bote de basura. Cerré el cajón.

Fui a la sala. Me acosté junto a Sofía en el sofá, la abracé por detrás y le besé el pelo.

—Papi está aquí, mi amor —susurré, aunque dormía—. No me voy a ir. Te lo prometo.

Y en la oscuridad, le hablé una última vez a Él, con la voz rota pero firme:

—Gracias... por no dejarme solo esta noche. Mañana va a doler igual. Pero voy a intentarlo. Por ella. Por mí. Por las risas que todavía le debo a mi mamá.

El dolor seguía ahí. La depresión seguía aplastándome. La presión no se había ido.

Pero esa noche... no me fui.

Me quedé.

Porque, aunque la salida fácil parecía dulce, el amor por mi hija era más fuerte.

Aunque doliera como el infierno. Aunque no supiera cómo iba a sobrevivir al mañana.

Me quedé.

Un día más.

CAPÍTULO 18 HOY SALÍ A BUSCAR TRABAJO

Al día siguiente amaneció como cualquier otro: gris, frío, con el departamento que olía a café rancio y a ausencia. Sofía se levantó primero, con los ojos hinchados pero decidida a «ayudar a papi». Me preparó un vaso de agua con limón porque «la abuelita decía que eso quita lo triste del estómago». La abracé fuerte, le besé la mejilla y le dije que hoy íbamos a intentarlo todo de nuevo.

Me senté en la mesa de la cocina, con el celular en la mano, revisaba anuncios de trabajo por enésima vez. Nada. Lo mismo de siempre: «experiencia mínima 3 años», «disponibilidad inmediata y total», «se requiere vehículo propio». Yo tenía ojeras hasta el cuello, el trabajo de velador me había dejado hecho trizas y una niña que necesitaba que su papá no se derrumbaría.

Entonces pasó.

No lo esperaba. No estaba rezando, no hablaba en voz alta como antes. Solo estaba ahí, miraba la pantalla sin verla en realidad, cuando sentí esa presencia otra vez. No fue una voz que vino de afuera. Fue como si alguien hubiera entrado al cuarto y se hubiera sentado frente a mí, hombro con hombro, sin hacer ruido.

Y habló. Suave. Directo. Sin rodeos poéticos esta vez.

—Arturo... ve a buscar trabajo. Con la mejor actitud que puedas juntar hoy. No con la cara de funeral que traes puesta. No con el peso del mundo en los hombros. Levanta la cabeza, sonríe, aunque sea fingido al principio, habla claro, míralos a los ojos. Recuerda que después de la tormenta viene la calma. No porque yo te lo prometa como en un cartel motivacional. Sino porque la vida funciona así: el agua siempre encuentra su camino, aunque tarde, aunque duela, aunque parezca imposible. Tú ya pasaste la peor parte de la tormenta. Ahora viene la calma. Pero la calma no

llega si te quedas sentado a la espera de que toque la puerta. Ve y ábrela tú.

Me quedé quieto. El corazón me latía fuerte, pero no de miedo. De algo parecido a... ¿esperanza? ¿O solo era cansancio acumulado que se disfrazaba de eso?

—¿Y si no consigo nada? —pregunté en voz baja, casi para mí mismo—. ¿Y si vuelvo con las manos vacías otra vez?

—Entonces vuelves, abrazas a Sofía, le cuentas un cuento, aunque te tiemble la voz, y mañana lo intentas de nuevo. La calma no es que todo se arregle de golpe. Es que empieces a respirar sin que te duela el pecho cada vez que inhalas. Es que un día, sin darte cuenta, te des cuenta de que sonreíste de verdad. Ve. Con la mejor actitud. Por ella. Por ti. Por las risas que tu mamá te dejó guardadas en el pecho.

Me levanté. Lavé la cara. Me puse la camisa menos arrugada que encontré. Le dije a Sofía que hoy papi iba a buscar «un trabajo nuevo, uno bueno». Ella me abrazó las piernas y dijo:

—Vas a encontrarlo, papi. La abuelita te cuida desde el cielo.

Salí.

Caminé por el centro de la ciudad con la cabeza un poco más alta. No era fingido del todo. Era... necesario. Fui a tres lugares: una ferretería que buscaba cajero, una tortillería grande que necesitaba ayudante de turno matutino, y un centro de operadores telefónicos que contrataba gente sin experiencia, pero con ganas de aprender.

En cada uno hablé diferente. No supliqué. No conté mi drama. Solo dije:

—Buenos días. Me llamo Arturo. Tengo ganas de trabajar, de aprender rápido y de quedarme. ¿En qué puedo ayudarles?

En la tortillería me miraron raro al principio —olía un poco a grasa de los tacos que vendía antes—, pero el dueño me dijo:

—Ven mañana a las cinco. Prueba de tres días. Si la haces bien, te quedas.

No era mucho. Pero era algo.

Regresé a casa con las manos vacías de contrato firmado, pero con algo en el pecho que no había sentido en meses: un respiro. Pequeño. Frágil. Pero real.

Esa noche, mientras Sofía dormía, me senté en la cocina otra vez y le hablé, sin esperar respuesta.

—Gracias... por hablarme hoy. Por no dejarme solo en el silencio. Voy a seguir intentándolo. Con la mejor actitud que pueda. Porque después de la tormenta... viene la calma. Y yo quiero creer que ya empezó.

No hubo más palabras. Solo el tic-tac del reloj y el sonido lejano de un perro ladrando en la calle.

Por esta ocasión en mucho tiempo, no sentí que el peso me aplastaba del todo.

Aún dolía. Seguía faltando ella.

Pero había un mañana. Y en ese mañana, iba a levantarme a las cuatro, preparar a Sofía, ir a la tortillería y trabajar.

Porque la calma, aunque lenta, ya empezaba a llegar.

Un día más. Con actitud. Con esperanza chiquita, pero mía.

CAPÍTULO 19 HOY EMPEZÓ A CAMBIAR MI VIDA

Pasaron unos días. No muchos. Quizás una semana, quizás diez. El tiempo ya no se medía en noches sin dormir o en turnos eternos, sino en pequeños cambios que, al principio, apenas se notaban.

La prueba en la tortillería salió bien. El primer día llegué a las cinco de la mañana, con los ojos todavía pesados pero la cabeza alta, como me había dicho Él. Amasé, pesé, empaqué, atendí clientes sin quejarme. El dueño —un señor de bigote grueso y pocas palabras— me miró al final del turno y dijo:

—Te quedas. De planta. Sueldo base más prestaciones. Y si sigues así, en un mes te subo a encargado de turno nocturno.

No era un sueldo de lujo. Pero era fijo. Seguro social. IMSS. Vacaciones pagadas. Un respiro real después de meses de sobrevivir con tacos de canasta y guardias nocturnas en un estacionamiento.

Con el primer pago compré lo básico: leche, frutas, un par de zapatos nuevos para Sofía que ya le quedaban chicos, y un ramo de flores sencillas para poner en la mesita donde teníamos la foto de mi mamá. Sofía lo vio y sonrió de verdad, de esas sonrisas que iluminan la cara entera.

—Papi, ¿la abuelita va a ver las flores desde el cielo?

—Claro que sí, mi amor. Y va a decir: «Mira qué bonito las cuida mi nieta».

Poco a poco, la rutina empezó a sentirse menos pesada. Me levantaba a las cuatro, preparaba el desayuno para los dos, dejaba a Sofía en la escuela, iba a la tortillería, trabajaba hasta las tres de la tarde, recogía a la niña, hacíamos la tarea juntos,

cenábamos algo simple pero caliente, y a las ocho ella se dormía con su osito y un cuento que yo le contaba con voz más tranquila.

Las noches ya no eran tan oscuras.

Una de esas, después de arropar a Sofía y apagar la luz de su cuarto, me senté en la cocina con una taza de café de olla que había preparado yo mismo, como solía hacer mi mamá. El departamento estaba en silencio, solo el tic-tac del reloj y el murmullo lejano de la calle.

Cerré los ojos y hablé. No con rabia. No con desesperación. Con gratitud. Con una calma que todavía me sorprendía tener.

—Oye... gracias. Gracias por todo lo que has hecho por mí estos meses. Por no soltarme cuando pensé que me iba a romper del todo. Por hablarme en la cocina esa noche que quise rendirme. Por los vecinos que juntaron para el ataúd. Por el trabajo en la tortillería que apareció justo cuando ya no podía más. Por Sofía, que sigue sonriendo, aunque le duela el pecho. Por mi mamá... gracias por lo que hiciste con ella. Por estar en cada segundo de dolor, por recibirla cuando se fue, por dejarle un segundo de sonrisa antes de irse. Gracias por cuidarla allá donde yo no puedo.

Silencio. Pero no vacío. El aire se puso tibio, como si alguien hubiera encendido una vela invisible.

Y entonces llegó la respuesta. Suave. Clara. Como un abrazo que no se ve pero se siente.

—Gracias a ti, Arturo. Por quedarte. Por seguir. Por elegir el amor aunque doliera. La vida te va a empezar a sonreír, no todo será perfecto, pero ahora respiras con tranquilidad. Tu mamá te cuida desde el cielo. No con milagros grandes que se ven en las noticias. Con chispas chiquitas: un trabajo que llega, una sonrisa de Sofía, una noche en que duermes sin pesadillas, un café que sabe a casa. Ella está ahí, en cada una de esas chispas. Y yo también. Siempre.

Abrí los ojos. Miré la foto de mi mamá en la mesita. Sonreía joven, con esa mirada que decía «todo va a estar bien, mijo».

Me levanté, fui al cuarto de Sofía, me asomé. Dormía tranquila, con el osito apretado contra el pecho.

Volví a la cocina, apagué la luz y me fui a dormir.

No todo estaba resuelto. Todavía había días duros. Todavía faltaba dinero para algunas cosas. Todavía había noches en que la extrañaba tanto que dolía el alma.

Pero esa noche, por primera vez en mucho tiempo, me dormí sin miedo. Porque la tormenta había pasado.

Y la calma —lenta, chiquita, pero real— ya estaba aquí.

Y mi mamá, desde algún lugar donde no duele, seguía cuidándonos.

Un día más. Pero ahora, con una sonrisa que empezaba a ser mía otra vez.

CAPÍTULO 20 GRACIAS MAMÁ

Pasaron los meses. No como en las películas, con música de fondo y todo resuelto en un montaje rápido. Pasaron lentos, con días buenos y días regulares, pero cada uno un poco más luminoso que el anterior.

En la tortillería, entre el olor a masa fresca y el ruido de las máquinas, apareció ella. Se llamaba Elena. Llegó como despachadora, con el pelo recogido en una coleta alta y una sonrisa que parecía iluminar la esquina más oscura del turno matutino. El primer día que la vi, me quedé congelado con la masa en la mano. Ella me saludó con un «buenos días, compañero» y una mirada que no era de lástima ni de obligación. Era solo... cálida. Como si me viera de verdad.

Fue amor a primera vista. De esos que uno no cree que existan hasta que le pasan. Empezamos hablando de tonterías: del café que hacía el jefe demasiado aguado, de las clientas que regateaban por dos pesos, de cómo Sofía había dibujado un unicornio con masa en la mesa de la cocina. Poco a poco las charlas se hicieron más largas. Luego caminábamos juntos a la parada del camión. Después me invitó a comer pozole al final del turno. Y un día, sin pensarlo mucho, la besé bajo la lluvia que caía de repente en la Alameda Central, como si el cielo hubiera decidido bendecirnos.

Elena entró en nuestras vidas sin prisa, pero con certeza. Al principio con cuidado: jugaba con Sofía en el parque, le ayudaba con la tarea, le trenzaba el pelo mientras yo preparaba la cena. Sofía la miraba con ojos grandes al principio, como midiendo si era real. Pero Elena no forzó nada. Solo estuvo ahí. Un día Sofía le dijo «¿puedes ser mi mamá también?», y Elena lloró abrazándola. Yo lloré viéndolas desde la puerta de la cocina.

Pasó el tiempo. Nos casamos en una ceremonia sencilla en el jardín de la casa de la tía de Elena. Sofía llevaba un vestido blanco con flores bordadas y llevaba los anillos en una almohadita. No hubo lujos, pero hubo risas, música de mariachi prestada y vecinos que trajeron tamales y ponche. Cuando el juez nos declaró marido y mujer, Elena me miró y susurró:

—Ahora somos tres. Y vamos a estar bien.

Y lo estuvimos.

Ahora hay dos sueldos en casa. Yo sigo en la tortillería, pero ya soy encargado de turno. Elena ascendió a cajera principal. Juntos pagamos la renta sin miedo, compramos ropa nueva para Sofía, ahorramos para un viaje chiquito a Acapulco algún día. Sofía tiene una nueva mamá que la ama con una ternura que no reemplaza a la abuelita, sino que la complementa. Le cuenta cuentos nuevos, le canta las mismas canciones que mi mamá me cantaba a mí, y cuando Sofía la extraña, Elena la abraza y le dice:

—Tu abuelita está orgullosa de ti. Y yo también.

El sufrimiento no desapareció del todo. Quedó como una cicatriz: duele cuando llueve, cuando pasa el aniversario de su partida, cuando Sofía saca una foto vieja y pregunta «¿por qué se fue la abuelita?». Pero ya no es una herida abierta. Es solo un recuerdo que duele bonito, porque duele de amor.

Ahora somos una hermosa familia. Tres. Sentados en la mesa de la cocina por las noches, reímos por tonterías, planeamos el fin de semana, comemos tacos que yo preparo en casa porque ya no los vendo, sino que los comparto.

Y a veces, cuando todos duermen, salgo al balcón, miro las estrellas y le hablo bajito.

—Gracias, mamá. Gracias por cuidarnos desde allá. Gracias por mandarme a Elena. Gracias por enseñarme que

después de la tormenta siempre viene la calma... y a veces, hasta un poco más que calma. Un amor nuevo. Una familia nueva.

No espero respuesta audible. Pero siento su sonrisa en el viento fresco de la Ciudad de México.

Y vuelvo adentro, me acuesto al lado de Elena, que me abraza sin decir nada, y escucho la respiración tranquila de Sofía desde su cuarto.

Todo ese sufrimiento quedó solo en el recuerdo.

Ahora hay vida.

Ahora hay amor.

Ahora somos felices.

Fin.

EPÍLOGO

Han pasado diez años desde aquella noche en que el departamento se quedó en silencio y el mundo pareció detenerse para siempre. Hoy, la Ciudad de México amanece con un sol tímido que se filtra por las cortinas del modesto departamento que con mucho esfuerzo logramos comprar.

Sofía tiene dieciséis años. Estudia la preparatoria y quiere ser psicóloga para especializarse en duelo y trauma infantil. Dice que lo decidió a los doce, después de una noche en que me encontré llorando en silencio frente a la foto de mi mamá. «Quiero ayudar a que otros niños no sientan que el dolor los va a romper para siempre», me explicó una vez. Ahora lleva el pelo largo como Elena, pero con el mismo mechón rebelde que yo tenía de joven. Cuando ríe, se le arrugan los ojos igual que a mi mamá. A veces me quedo mirándola y siento que mi madre está ahí, guiñándome un ojo desde algún lugar invisible.

Elena y yo aún trabajamos en la tortillería, pero ya no como empleados. Hace seis años nos traspasaron el negocio. Ahora somos dueños. La llamamos «Tortillería Doña María». En la entrada hay una placa pequeña de bronce que dice: «En memoria de María Campos Ramírez, quien nos enseñó que el amor se amasa todos los días». Elena la diseñó y la mandó hacer sin decírmelo. El día que la colgó, lloré como niño en medio del turno. Los clientes aplaudieron.

Los fines de semana nos vamos los tres al panteón civil. No es una visita triste. Llevamos flores frescas, limpiamos la lápida — que ahora tiene una foto de ella sonriendo con esa media sonrisa valiente—, y hablamos. Sofía cuenta de la preparatoria, Elena de las clientas chismosas, yo de cómo el negocio creció. A veces ponemos una canción de Juan Gabriel bajito en el celular.

«Querida». Y nos quedamos callados un rato, para dejar que el viento se lleve las palabras que no necesitamos decir.

El sufrimiento no desapareció. Solo cambió de forma. Ya no es una garra que aprieta el pecho cada mañana. Ahora es una cicatriz suave que duele cuando tocas el recuerdo equivocado: el aniversario de su partida, un olor a café de olla muy fuerte, una tortilla recién hecha que sale perfecta y me hace pensar que, «ella estaría orgullosa». Pero el dolor ya no me paraliza. Me recuerda que sobreviví. Que elegí quedarme. Que el amor ganó.

Una tarde, mientras cerrábamos la tortillería, Elena se acercó por detrás y me abrazó la cintura.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó.

—Martes —respondí, bromeando.

—El día en que decidiste no rendirte —dijo ella, besándome los labios—. Hace diez años. Y míranos.

Miré alrededor: las mesas limpias, el olor a masa tibia, Sofía afuera esperándonos en la camioneta con el celular en la mano, mientras reía con alguna amiga. Luego miré a Elena, esa mujer que entró en mi vida cuando estaba a punto de quitármela.

—Gracias —le dije.

—¿A mí?

—A ti. A mi mamá y a Él.

Ella sonrió.

—Y a ti, Arturo. Sobre todo, a ti.

Salimos juntos. El sol se ponía detrás de la iglesia, tiñendo el cielo de naranja y rosa. Subimos a la camioneta. Sofía se subió atrás y puso música: una lista de canciones que ella misma hizo con las melodías que mi mamá cantaba.

Mientras conducíamos hacia casa, miré por el retrovisor y vi a mi hija que cantaba bajito, a mi esposa tarareando la letra, y sentí, por primera vez en mucho tiempo, que todo estaba en su lugar.

La tormenta había pasado.

La calma había llegado.

Y el amor, ese amor terco que no se rinde, había ganado.

AGRADECIMIENTO

Queridos lectores

Si has llegado hasta aquí, si has leído cada página de esta historia con sus grietas, sus gritos y sus silencios, quiero decirte algo desde el fondo del pecho: gracias.

Gracias de verdad.

Esta novela no nació en un escritorio iluminado ni con la certeza de que alguien la leería. Nació en madrugadas frías de la Ciudad de México, cuando el dolor era tan grande que solo podía escribirse para no ahogarme en él. Nació de noches en que me pregunté si valía la pena seguir respirando, de días en que vendí tacos bajo un sol que quemaba más que la vergüenza, de momentos en que sostuve la mano de mi mamá mientras ella se desvanecía y yo no tenía nada que ofrecerle más que mi presencia. Escribí esto porque necesitaba ponerle palabras al vacío, porque necesitaba que el silencio dejara de gritar tan fuerte. Y si tú, desde donde sea que estés leyendo —un departamento pequeño, un hospital, una cama que pesa demasiado, un transporte atascado, o simplemente un rincón tranquilo de tu casa—, has caminado conmigo estos capítulos... gracias por no soltarme.

Gracias por acompañar a Arturo cuando él no podía acompañarse a sí mismo. Gracias por no cerrar el libro cuando los «porqués» se volvieron insoportables, cuando la rabia contra Dios salió sin filtro, cuando la depresión lo empujó al borde y él miró el frasco de pastillas como si fuera la única puerta abierta. Gracias por quedarte cuando él quiso irse. Porque al quedarte tú, de alguna forma me ayudaste a quedarme yo también.

Esta historia no promete finales perfectos ni respuestas definitivas. No dice que el sufrimiento tiene un «propósito bonito»

ni que la fe es una varita mágica. Solo dice que es posible seguir. Un respiro a la vez. Un día a la vez. Que está bien dudar, gritar, maldecir, callar. Que el amor —por una hija, por una madre que ya no está, por una compañera que llega después— puede ser más terco que el dolor. Y que, aunque la calma tarde en llegar, aunque llegue herida y chiquita, sí llega.

A los que leen esto mientras lloran: gracias por permitirse sentir. A los que leen esto mientras dudan de todo: gracias por no rendirte del todo al silencio. A los que leen esto y piensan «esto me pasó a mí»: gracias por sobrevivir lo suficiente para llegar a estas líneas. A los que leen esto y sienten que no hay salida: gracias por abrir el libro, aunque sea con manos temblorosas. Tu dolor es real. Tu cansancio es válido. Tu rabia es honesta. Y aun así... estás aquí. Sigues aquí. Eso ya es una victoria que no ves, pero que yo veo desde estas palabras.

Gracias a quienes compartieron esta historia con alguien que necesitaba leerla. Gracias a quienes la leyeron en voz alta a un amigo, a un hijo, a un familiar que ya no puede leer solo. Gracias a quienes la guardaron en el celular para releerla en las noches duras. Gracias a quienes escribieron un mensaje, un comentario, un «me salvó hoy». Cada uno de esos gestos me recuerda que el dolor, cuando se comparte, pierde un poco de su poder de aplastar.

Y gracias, sobre todo, a ti que llegaste al final. Porque al llegar al final conmigo, me ayudaste a cerrar un ciclo. Me ayudaste a creer que las historias rotas pueden convertirse en algo que sostenga a otros.

Desde la Ciudad de México, con el corazón todavía un poco herido, pero mucho más lleno, te digo:

Gracias por caminar conmigo.

Gracias por quedarte.

Gracias por respirar un día más.

Con todo mi cariño y mi respeto eterno.

José Arturo Sarabia Campos



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de trace novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías *Ecos de Terror Paranormal*, *Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas*, *Susurros de Amor* y *Susurros a mamá*.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.